

# RETRATOS DE UNA CIUDAD

Toño Malpica  
Ilustraciones de Valeria Gallo



**Etapla lectora:**

*Para los que leen bien. A partir de 9 años.*

Nota importante para lectoras y lectores: este libro se lee mejor a partir de los 9 o 10 años, pero es para toda la gente de cualquier edad.

Coordinación editorial: Libia Brenda

Coordinación de ilustración: Abril Castillo

Coordinación de diseño: Roxana Deneb

Texto de: ©Antonio Malpica

Imágenes de: ©Valeria Gallo

Esta obra se encuentra bajo Licencia Internacional de Creative Commons 4.0



Edición de:



Esta edición es de distribución gratuita, queda prohibida su venta.

# RETRATOS DE UNA CIUDAD

Toño Malpica  
Ilustraciones de Valeria Gallo



*Para los tantos que amamos  
tanto esta ciudad*



**1853**

Marcial se asomó por la ventana de su habitación y supo, con un solo vistazo a la calle, que era su oportunidad de salir corriendo. Echó en los bolsillos de su pantalón todos sus ahorros y se apresuró a encaramarse al alféizar. De ahí, lo de menos era dar el salto a la rama del árbol. Al tronco. Al empedrado. Y entonces pegar la carrera.

No era un chico muy osado, pero hay anhelos así de fuertes. Hay ojos así de deslumbrantes.

Vivía Marcial en la segunda calle de San Francisco. Tenía nueve años. Y un solo objetivo en mente: hacer pagar a Lucina la apuesta que perdiera en septiembre, durante las fiestas de celebración de la Independencia. Aún recordaba los fuegos artificiales, las suertes a la baraja, los impresionantes ojos de la niña más hermosa del mundo. Ella había apostado un real; él, un beso. La carta de Lucina resultó un dos de oros; la de Marcial, un seis de bastos. Lucina no quiso pagar ahí, en la azotea de la casa en la segunda calle de San Francisco, y lo pospuso hasta el cumpleaños de Marcial, el tres de octubre. Pero tanto había idealizado Marcial ese beso que Lucina le daría a escondidas de todos, que terminó por entristecerse sólo de imaginarlo. ¿Qué pasaría después del beso? Nada. Se quedaría más solo que nunca y más atolondrado que nunca, recordando para siempre ese beso que jamás se repetiría.

Por eso el día de su cumpleaños, el tres de octubre, cuando fueron sus amigos del colegio y sus primas —y las amigas de sus primas— a merendar a su casa, llevó aparte a Lucina inventando cualquier cosa y le pidió que le cambiara el beso por algo mejor.

—¿Qué?

—Un retrato.

Lo había pensado hasta el cansancio. Y estaba seguro de que eso sería mejor. Mucho mejor. El retrato permanecería para siempre; el beso, no.

La cita fue para el segundo domingo de octubre, fecha en que ella debía presentarse en la Plaza de toros del Paseo para que le hicieran un retrato en carboncillo.

Y lo tenía todo planeado.

Sus padres, enemigos de la fiesta brava, habían decidido huirle a esa corrida en honor del presidente a la que todo el mundo asistiría. Planearon un domingo lejos de la ciudad. Sus seis hijos debían acompañarlos; a menos, claro, que alguno se enfermara, como ocurrió con el tercero, Marcial. Así que se lo encargaron a Merceditas, la nana de los muchachos y salieron sin prisa y sin pausa hacia San Agustín de las Cuevas en la carroza familiar, las niñas cantando algunas coplas, los niños peleando por la mejor ventanilla, Julito el de siete al lado de Severino el chofer, y los señores con gran entusiasmo y buen ánimo.

Pero en cuanto se marcharon, justo al momento en que el carro se perdió por la calle, Marcial supo que era su oportunidad y se encaramó al alféizar.

Rama. Tronco. Empedrado.

Merceditas se daría cuenta de su ausencia ya muy tarde.

Llevaba Marcial en los bolsillos un peso y dos reales. Todos sus ahorros para ordenar un retrato. El mejor del mundo. Y también llevaba, claro, un nerviosismo tan grande —o quizá más— como el que siempre lo asaltaba la víspera del día de reyes o de inicio de cursos en el colegio.

Corrió hacia el oeste, hacia la Alameda. Pasó por el Hospicio de Pobres y la Acordada hasta llegar a las ca-

lles del Paseo y del Ejido. Conocía la ciudad al derecho y al revés, y esa calle como la palma de su mano. Pero en ese momento todo le parecía nuevo, el mundo entero hendido por una luz desconocida. La algarabía frente a sus ojos por la próxima corrida de toros era una réplica de la fiesta en su corazón. Los merolicos y los viandantes inundaban la calle. La estatua ecuestre de Carlos IV lo dominaba todo. El sol era caluroso y benigno. El cielo, de un azul imposible.

Arrostrando un mar de gente, se dirigió con paso firme hacia un puesto cercano a la taquilla, donde un hombre barbudo de ropas raídas descansaba bajo un toldo de manta. A su lado, varios retratos hechos a lápiz de personajes de la política, el teatro y la zarzuela, incluso uno de “su alteza serenísima”. Chupaba el artista con indolencia una naranja. Y miraba todo sin mirar nada. El banquito, para fortuna de Marcial, estaba vacío.

—Usted es el Tiziano, ¿verdad?

El hombre dejó de mirar al vacío y enfocó la vista en dirección al muchacho bajito que lo interrogaba.

—Depende.

—Me dijeron que usted es el mejor retratista de la ciudad.

—Entonces sí. Sí soy. Siéntate.

El hombre le mostró el banquito, arrojó los restos de naranja al suelo y se puso de pie con alarde teatral.

—No es mío el retrato que quiero —aclaró Marcial—. Es de otra persona.

—¿De quién? —preguntó el dibujante—. ¿Dónde está?

—No tarda.

Lo cierto es que Marcial no había pensado en esa posibilidad. Tanto trabajo le había costado obtener el nombre del mejor artista —que pudiera pagar— de la capital, mentirle a sus padres, fingir su dolencia, dormir apenas por más de cuatro horas seguidas cada noche de las últimas dos semanas, que nunca pensó que Lucina podía faltar a su palabra.

Pero había salido con media hora de retraso. Y acaso ella se hubiera presentado ya y se hubiera marchado ya.

—Tal vez vino y se fue. ¿No la vio? Una niña.

—Una niña, ¿cómo?

Una niña muy bonita. La más bonita de todo el mundo, pensó Marcial. Pero no supo decirlo. Le parecía que hacer salir esos sonidos de su boca era como hacer pública su declaración de amor. Una declaración que hasta a él, en su propia mente, lo encendía en múltiples rubores.

—Como de mi tamaño. Cabello negro. Ojos negros.

El artista torció la boca. De todos modos no había ido por ahí ninguna niña.

El banquillo se ocupó un par de veces mientras Marcial estuvo ahí comiéndose las uñas, yendo y viniendo a la taquilla, estorbando en las puertas de entrada de la plaza, perdiéndose entre la gente. La primera de esas veces se sentó una señorita muy guapa, acompañada de sus padres, vestido de muselina, peinado alto y sombrilla rococó, toda ella un sueño. Un sueño que no era Lucina, por ello no le robó mucha atención a Marcial. La segunda vez que se ocupó el banquillo fue para que el artista hiciera lo posible por inmortalizar a



un gordo con levita y chistera sin hacer énfasis en su papada o sus verrugas.

Mientras el artista se esmeraba, Marcial pensaba que, de ser él quien tuviera ese don por plasmar tan precisas imágenes, pintaría a Lucina mil veces, pues se la sabía completa y de memoria. Recordó una vez que, en casa de su primo Octavio, un señor les presumió un daguerrotipo en el que se veía la imagen de un jinete. Una imagen increíblemente precisa, copia fiel de la realidad, que había surgido del invento más maravilloso del mundo, capaz de copiar el universo en segundos. Y se dijo que, de tener un aparato como ese en sus manos, lo usaría para reproducir únicamente retratos de Lucina. Los suficientes para tapizar su habitación.

Se levantó el gordo, satisfecho. Pagó. Se sumó a la comitiva al interior de la plaza, donde ya sonaba la música. Marcial comenzó a sentirse verdaderamente enfermo del estómago.

—Así son las mujeres —se congració el Tiziano con él—. La mitad de lo que dicen es mentira. Y, de esa mitad, hay que creerles un cuarto.

El artista fue a un puesto de comida y se hizo de un plato de pollo en salsa, tortillas, un pocillo de pulque. Ofreció a Marcial un taco, pero éste se negó con una cara que denotaba no sólo una enfermedad del estómago sino también del corazón. Acaso muriera ahí mismo fulminado por la aflicción.

—¡Hostia! ¡Pero qué sorpresa! —dijo una voz a sus espaldas.

En cuanto Marcial se dio la vuelta, se acabó de sentir mal por completo. Su abuelo paterno, un hombre alto y sonrosado, con la energía de un torbellino y los modales de un sargento, ya le ponía las manos sobre los hombros, le acomodaba un beso, lo levantaba en andas.

—¡Alguien en esa familia no tiene atole en las venas! ¡Aleluya!

El viejo, por su propia cuenta, sacó la conclusión de que Marcial se había escapado de casa con fines meramente taurinos. Lo llevó de la mano hacia la lumbrera en el tendido de sombra donde había de presenciar la corrida. Lo despeinó y besó más veces de las que había hecho en las últimas diez visitas a su casa.

Las graderías ya estaban repletas, lo mismo que todas las lumbreras de sol y sombra. El general Santa Anna y su esposa, la señora Dolores, ya ocupaban los sitios de honor. En ese momento el cuerpo de granaderos, con sus casacas rojas y sus altas gorras, realizaban el despejo de la plaza al son de la música. Iban y venían muy bien formados, dibujando figuras sobre el terregoso suelo en un alarde de orden y compostura que más parecía danza que rigor militar.

Luego, sonó la corneta y entró la cuadrilla, capitaneada por el primer espada, el matador Bernardo Gaviño. Y con él, el segundo espada, los locos, los picadores y un tiro de mulitas. Luego de las presentaciones y que la plaza volvió a quedar vacía, comenzó el espectáculo con la aparición de los locos vestidos como payasos, haciendo toda suerte de graciosadas y tonterías mientras la gente reía, discutía, tomaba pul-

que o tomaba vino. Y a Marcial, que ni un agua de chía había querido aceptarle a su abuelo, ya se le notaba en el rostro la agonía del desencanto.

Así pasaron los payasos y, dispuestos los picadores, se abrió por fin el toril. Un toro enorme salió como una ráfaga buscando a quien embestir. Y, cosa terrible, así lo hizo sobre el flanco de un caballo que encontró en su camino.

Instintivamente el abuelo, ese hombre alto, sonrosado, de talante de torbellino y modales de sargento, cubrió los ojos de su nieto.

A tiempo para sentir, sobre la palma de su mano, las lágrimas que anegaban el rostro del muchacho.

Y es que en la memoria de Marcial se aglutinaban los recuerdos.

Era la tertulia de septiembre que siempre organizaban sus papás en la casa de la segunda calle de San Francisco. Y a veces invitaban a tanta gente que era muy fácil que los chicos corretearan por toda la casa sin que un solo regaño cayera sobre ellos. Fue en el pasillo principal, donde tenían la pianola vieja, que la vio pasando sus manos sobre el teclado, arrancándole al instrumento quejumbrosas y disonantes notas espectrales. Él corría con sus hermanos en pos del perro cuando se detuvo, fulminado por un rayo. Supuso que tan maravillosa visión sería amiga de alguna de sus primas. Y supuso que nada volvería a ser igual para él a partir de entonces.

A la hora de las suertes y los juegos, se enfrentaron el uno al otro, como un arreglo hecho en el cielo. Mar-

cial se sorprendió pensando que esos eran los ojos más hermosos del mundo cuando cada uno de los dos puso un naipe de espaldas, a la mirada de los otros chicos.

—¿Qué apuestas? —le preguntó él a Lucina antes de saber que se llamaba Lucina, antes de saber que repetiría su nombre muchas veces a escondidas.

Los otros chicos rieron ante el rubor y el nerviosismo.

—Un real. ¿Y tú? —dijo ella.

—Un beso.

—¿Un peso? Es mucho. No tengo.

—No. No un peso. Un beso.

Al silencio siguieron las carcajadas de toda la chiquillada. Luego, ella aceptó, y al levantar las cartas, dos deoros, seis de bastos, los niños en el salón iniciaron la gritería, el bullicio, la alegría y el horror. Un beso. ¡Un beso! Ahí mismo. Frente a todos.

Pero no.

—Está bien —dijo ella—. Pero no ahora. Luego.

—¿Cuándo?

—Luego —se encogió de hombros.

—Mi cumpleaños es el tres de octubre —dijo Marcial—. Mis papás me van a hacer una merienda. Puedes venir, si quieres.

—¿Cuántos cumpleaños?

—Nueve.

—Está bien. Ese día.

Pero un beso es fugaz, perecedero. Un retrato no. Y el tres de octubre, día de su noveno cumpleaños, Marcial ya había averiguado el nombre del mejor artista capitalino al alcance de su bolsillo y cambió su

premio, lo postergó, lo volvió humo. Y ahora, con el pasmo de la gente y el relincho del caballo y la arena sucia de sangre y la mano fuerte de su abuelo sobre el rostro, se lamentó de no haber tomado ese beso cuando pudo. Y las lágrimas brotaron de sus ojos como un manantial.

El abuelo lo abrazó sin dejar de cubrirle la cara. Le dio un beso, uno muy distinto de aquel con el que soñaba, en el remolino del cabello.

—Ya. Ya. Está bien. Mejor que te vayas a casa.

No era el espanto de la muerte posible sino la certeza de una pena infinita lo que había puesto a Marcial en ese estado. No que no le importara el caballo tendido sobre la tierra, pero en ese momento el mundo hubiera podido desquebrajarse entero y no le hubiera dolido tanto. Porque de Lucina no sabía más que el nombre. Y que tenía los ojos más hermosos del mundo. Pero no sabía su domicilio. O sus apellidos. O si iba al colegio o no. Ni siquiera estaba seguro de que fuera amiga de alguna de sus primas. La había descubierto en su casa, en el pasillo de la pianola vieja, y había creído en ella. La había citado en el puesto de retratos de El Tiziano en la Plaza de toros del Paseo el mismo día de la corrida en honor al presidente Santa Anna, segundo domingo de octubre. Y le había permitido romperle el corazón.

Con la vista en el suelo caminó por entre la gente hacia la salida de la plaza, pensando que tendría suerte si Merceditas no lo agarraba a cintarazos ella misma.

Consiguió volver a la calle, a los puestos, a la algarabía de los vendedores que ya esperaban el tropel de sa-

tisfechos espectadores. Y se propuso no mirar hacia el puesto del retratista por miedo a sentirse herido, ahora sí, de muerte. Lo que comenzó como un andar decidido se volvió una carrera muy parecida a aquella que lo había llevado a la plaza. Grandes trancos ahora en dirección al oriente. La Acordada. El hospicio. La Alameda.

Y fue ahí, con en el amplio jardín a su izquierda y la iglesia de Corpus Christi a su derecha, donde se detuvo como si obedeciera a algún mandato ulterior, como si no fuera él sino un soldadito de plomo como tantos que tenía, y una mano gigantesca hubiese decidido tomarlo del quepis para obligarlo a detenerse. Un desasosiego se transmitió por todo su cuerpo. Porque repentinamente no se vio volviendo a su casa sin nada. Sin aquello que lo había hecho igualmente inquietarse como sonreír en los últimos días: la férrea contemplación de un retrato.

No sabía nada de Lucina. Y no sabía cómo saber. Cómo averiguar sus apellidos o el lugar preciso de su casa sin sucumbir a la confesión estricta de su obsesión por ella. Tal vez ninguna de sus primas le revelaría nada. Tal vez ninguno de los mayores tampoco. Tal vez su vida se volvería un incansable peregrinaje en busca de su imagen por toda la ciudad.

Se detuvo a media calle y, aunque ya no lloraba, volvió a sentir unas enormes ganas de hacerlo. Pensó en el caballo vencido en la arena. Pensó en sí mismo tratando de conciliar inútilmente el sueño esa misma noche, argumentando lo que había visto en la plaza de toros para no ceder a interrogatorios banales, de Merceditas

o de sus padres. Pensó que habría enfrentado las peores escenas de sangre y agonía sin arredrarse, porque el rostro perpetuado de Lucina en el papel habría sido suficiente remedio para vencer cualquier horror. Pensó que habría podido ver morir al propio torero, a los payasos, picadores, caballos y mulitas sin sentir un gramo de congoja, si y solo si hubiera podido regresar a casa con los ojos de Lucina presos en una hoja de papel.

Volvió entonces sobre sus pasos. El corazón se le quería salir de la boca. Una especie de asfixia le comenzó en el pecho. Pero no podía volver sin preguntar al artista, por una última vez, una sola antes de la desilusión completa.

Aún se escuchaban los oles coreados por el público. Aún faltaba para que abandonaran el recinto el presidente, su esposa, comitiva y chusma toda. En la calle los puesteros aprovechaban ese interludio para conversar, sacar cuentas, disponer la mercancía. Marcial se detuvo a media calle en cuanto hizo contacto visual con el puesto del Tiziano. Se sintió flaquear. Ya podía anticipar su respuesta: “No, no vino nadie. ¿No te dije que así son las mujeres?”.

Sus piernas se negaron a obedecerle. El Tiziano fumaba con indolencia, recargado en uno de los postes de su tienda. Marcial lo miraba a la distancia sin atreverse a nada. Y entonces, el artista lo descubrió.

El mundo se volvió de otra consistencia. Los aromas de las fritangas desaparecieron. El calor, lo mismo.

El barbudo y moreno individuo le hizo señas para que se acercara. “¿Es a mí?”, pensó Marcial. “¡Es a mí!”.

Aunque con el temor atorado en la garganta, apresuró el paso y fue al encuentro.

Se encomendó a la virgen, a los santos, a los ángeles todos.

—Ten —dijo el artista a Marcial, extendiéndole un papel grueso, fibroso, atado en rollo con una cinta, misma que Marcial retiró con una rapidez inaudita.

Y le volvieron las lágrimas.

—¿Cómo...? —intentó preguntar el muchacho, sintiendo como si se despeñara en un socavón que se hubiese abierto ahí mismo, a media calle.

—Vino hace rato. Y me pidió que le hiciera el retrato, aunque tú ya no estuvieras.

—¿Sabía que yo volvería?

—Seguro, porque también te dejó esto.

Le extendió un sobre lacrado que decía, con letra infantil, su nombre en tinta china. Y el socavón se hizo infinito. Y la caída fue rauda. Y feliz. Y enormemente placentera.

—¿Cuánto le debo? —dijo Marcial, hurgando en la bolsa con todos sus ahorros. De pronto temió no tener para pagar tanta alegría.

El artista escupió el humo de su pitillo. Se sentó en el banquito y levantó un diario que tenía en el suelo. Se dispuso a leer.

—¿Cuánto le debo? —insistió Marcial. El retrato valdría por lo menos veinte onzas de oro. Y la carta, la carta seguro valdría veinte años de trabajos forzados.

El Tiziano buscó alguna nota de interés en el periódico.



—¿Cuánto, por favor?

—Nada.

—¿Cómo nada? ¿Ella le pagó?

—No —gruñó el artista, sin quitar los ojos del diario.

—¿Entonces?

—Entonces nada. No me debes nada.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Y Marcial esbozó un tímido gracias. Y echó a correr por entre los puestos, la gente, los oles y los vivos, sabiendo que igualmente no volvería a dormir de corrido por más de cuatro horas en las próximas noches. Y que eso era lo mejor que le podía pasar en la vida.

El Tiziano lo vio correr hasta que se perdió en el colorido dibujo urbano. Lo siguió hasta que se confundió con sus propios recuerdos, aquellos de los días en que tenía nueve, ¿o tal vez diez?, el tiempo en que conoció a María Luisa y no pudo dejar de pensar en ella por semanas enteras. María Luisa.

María Luisa... ¿O se llamaba Luz María?

Volvió a escupir el humo y se sorprendió sonriendo. Canturreando. No tardaría ya en salir la gente de la plaza. Y tal vez podría hacer uno o dos retratos más todavía.



**1880**

—Niños, dejen de sonreír.

A Rufino le molestaba el corbatín. Los zapatos. Las medias. Los tirantes. Además echaba en falta sus anteojos. No era él quien sonreía sino su hermano grande, Lauro. Sus dos hermanitas, con sus blancos moños y vestiditos celestes de raso, tampoco sonreían, conscientes de que así como estuvieran, así mero saldrían.

Por su parte, la madre, con miriñaque y polisón, cuello cerrado, sombrero de ala ancha y encaje en ambos puños, procuraba mantenerse inmóvil al lado del padre, quien, sentado en la única silla, con levita gris, sombrero alto, guantes y bastón, sostenía el gesto adusto.

—Lauro —insistió el padre, sin apartar la vista del extraño dispositivo que habría de capturarlos para siempre.

Lauro dejó de reirse. Rufino, en cambio...

—Deja de retorcerte, Rufino —lo reprendió ahora su madre.

—Me pica la camisa.

—Ya. Es un ratito. ¿Verdad, señor?

El fotógrafo no dijo nada. Tenía la cabeza metida en la tela tras la cámara. Preparaba las placas. Procuraba que todo fuera perfecto para no tener que citar a la familia a una segunda sesión.

Lupita, la más grande de las hermanas, la que sostenía un aro, anunció que tenía ganas de ir al baño.

—¿Se puede? —preguntó la señora, ya que el fotógrafo tardaba tanto en darles el anuncio del disparo.

—Qué remedio —dijo éste, aún con el rostro oculto.

Lupita salió corriendo. Volvió corriendo. Tomó el aro de nueva cuenta y miró a la cámara, al igual que Eugenia, quien sostenía un lazo atado a un caballito de madera. Lauro soltó una trompetilla. Las niñas rieron. Rufino no. No veía mucho sin sus lentes y no estaba seguro de no haber sido él mismo el objeto de la burla.

—Lauro, te juro que si arruinas la fotografía, la cobro de tus mesadas —gruñó el padre.

Rufino se molestó al pensar en ello. Habían pasado por el ritual del baño matutino uno por uno, habían tenido que estrenar ropa, habían tenido que soportar las indicaciones del fotógrafo. No quería pasar por eso de nueva cuenta ni aunque le pagaran.

—Nadie se ríe —amenazó el padre.

—¿Listos? —preguntó el fotógrafo.

Cuando salieron del local ubicado en la calle de Capuchinas, antes de las doce del día, el clima amenazaba lluvia y sólo la madre llevaba paraguas. Pero el padre había prometido helados para todos y no encontró ninguna escapatoria posible. Vestidos como si fueran a la ópera o a alguna fiesta muy pomposa, la familia entera caminó por la calle de Lerdo hacia la esquina de Palma y Refugio, al Hotel de la Bella Unión. No era, en verdad, un domingo como para andar de fiesta, pues ya se había soltado un ventarrón de esos que hacen volar sombreros y periódicos, ni se diga paraguas. Pero también es cierto que esa sería la primera fotografía de la familia. Y el padre había decidido que era digno de celebración, por eso el helado y por eso ese domingo en particular, porque, en su opinión, no habría mejor momento para ser inmortalizado. Recién había asegurado él un puesto en la administración del presidente Manuel González, a pesar de haber formado parte del equipo del presidente Porfirio Díaz la administración anterior. Así que al menos por cuatro años más, hasta que terminara el mandato presidencial, no tendrían apuros económicos. Y eso era digno de celebrarse. E inmortalizarse.

Se sentaron a una mesa circular con mantel blanco y cubertería de plata. Tocaba un cuarteto de cuerdas al que acompañaba un hombre ciego, bastante hábil con el salterio. No era difícil distinguir, entre los asistentes al restaurante, gente de la administración pública o la farándula. Seguro llovería, pero al interior del hotel nada podría molestarlos. Todo marchaba perfectamente. Y aún no ordenaban helados y copas de vino cuando Lupita aprovechó un momento de silencio, entre una canción y otra, para decirle por lo bajito a su hermano Rufino, quien ya había recuperado los anteojos y el buen humor y trataba de elegir el sabor de su helado:

—¿Sabes por qué fui al baño durante la foto?

—No. Ni me importa.

—Igual te digo.

Rufino hizo una mueca. Los hombres de la orquesta ya habían iniciado una nueva pieza, “El sabino”. La madre incluso comenzó a tararear, contenta, “Ya no quiero, no quiero, no quiero la sombra de tu cariño”.

—Para que Malena saliera en la foto —dijo Lupita, tapándose con el librito del menú que sostenía frente a su cara.

Rufino sintió en seguida cómo se le erizaban los cabellos de la nuca.

—No es cierto.

—Cuando volví de hacer de las aguas, me paré más a la derecha, para que Malena saliera entre Eugenia y yo.

Lauro se hacía ojitos con una muchachita de otra mesa, Eugenia hacía chocar dos cucharitas, la señora

se decidía por una copita de anís y hacía la nota mental, el señor paseaba la vista por un ejemplar del El Siglo Diez y Nueve y leía con atención la primera plana, donde se plasmaba la irrepetible fecha de ese domingo gris y jubiloso.

—Puras tonterías —dijo Rufino.

—Yo la vi. Ahí estaba. Y va a salir en la foto.

—Claro que no. Mentirosa.

—Espera a que nos entreguen el retrato y verás.

—Mentirosa.

Lupita ya no dijo más. Se encogió de hombros y comenzó a jugar con una cinta de su vestido.

Pero Rufino ya no encontró paz en todo el tiempo que duró el helado. Porque no podía negar que lo dicho por su hermana parecía bastante factible. Después de todo, su mamá nunca había querido tirar los juguetes de Malena. Ni su cuna. Ni sus vestidos. Ni siquiera aquella muñequita de trapo con cabellos anaranjados y vestidito azul a la que faltaba un ojo y que la niña, en vida, no soltaba para nada. Y es que apenas habían pasado dos años de que la tisis se la llevara para siempre. Rufino aún recordaba con todo detalle el día que, al diagnosticarla el médico, la subieron a una calesa con dirección al hospital de San Andrés, cubierta en una sábana, tose y tose. Nunca más la volvieron a ver.

—Lucina, ¿quieres algo más? —preguntó el padre, haciendo el periódico a un lado, listo para solicitar la cuenta.

—No, gracias —respondió ella, limpiándole la boca a Eugenia, soltando un sopapo a Lauro por no sentarse

derecho, apresurando a Lupita para que volviera a ponerse los zapatos, mirando a Rufino con cierta aprensión desconocida.

—¿Te sientes bien, mijito?

La lluvia había comenzado, aunque no con la violencia con la que esperaban. Y Rufino miraba hacia la calle con una melancolía inédita en el semblante. El incipiente chubasco lo había transportado a una zona de sus recuerdos que creía ya olvidada. Él y sus hermanos jugaban en la fuente de la Tlaxpana. Estaban de paseo, era un domingo como cualquier otro, como ese mismo que ahora vivían, sólo que más soleado. Él y sus hermanos se echaban agua aprovechando que sus padres los habían dejado encargados con Toñita, la nana. Terminaron empapados. Eugenia, en ese momento aún bebé de brazos, se salvó gracias a que nunca salió del rebozo de la nana. El regaño fue general. Pero sólo Malena se enfermó a los cinco días. Y sólo ella terminó en un ataúd de zinc.

—¿Estás bien, Rufino? —preguntó la señora, de nueva cuenta.

Rufino no respondió. Se acordaba de que la idea de mojarse en la fuente de la Tlaxpana había sido suya. Que había perdido uno de los cristales de sus anteojos y arruinado sus zapatos y por eso el regaño para él fue doble. Y se acordaba también que cuando enterraron a Malena en el Panteón Francés, él le había pedido perdón tantas veces que se había desmayado en pleno sepelio. Sus padres creyeron que había sido por culpa de una insolación porque la nariz le sangró copiosa-

mente, pero él supo, por lo que soñó durante el desvanecimiento, que ella lo había perdonado; al fin tenía tres años, casi cuatro, y era una buena niña. Además, nunca se habían escuchado ruidos raros en la casa, gemidos, lamentos o nada por el estilo.

Pero, al parecer, su alma seguía vagando por el mundo. Lupita la había visto.

—Marcial —pidió la madre a su esposo—, fíjate a ver si ese niño no tiene calentura.

El padre la miró con esos ojos que usaba para reprocharle que a veces se preocupaba demasiado. Puso la mano sobre la frente de su hijo y negó con tranquilidad. Luego, sacó de su bolsillo tres reales, ordenó al mesero que se cobrara y, cuando éste volvió con el cambio, el elegante hombre repartió algunos tlacos entre sus hijos. Se puso de pie. Todos lo imitaron, aunque Rufino tardó un poco más en levantarse. Y sólo su madre advirtió que había recibido la moneda de cobre que le obsequiara su padre como si fuera un guijarro.

Sin prisa, caminaron a la casa en la segunda calle de San Francisco donde vivían, apenas mojándose con la leve llovizna. Cuando llegaron, Rufino estuvo seguro de que la soledad de la casona era el caldo más propicio para producir fantasmas. Acaso Malena nunca lo hubiera perdonado. Acaso sólo hubiera estado esperando el mejor momento para vengarse.

En cuanto pudo, fue al cuarto de las niñas y encaró a su hermana de siete años.

—Dime la verdad, María Guadalupe.



—¿Qué verdad?

Lupita jugaba con una muñeca de porcelana a la que llamaba Salomé, que era casi del tamaño de Eugenia y cuyos ojos, que parecían vivos, siempre le habían dado miedo a Rufino.

—No viste a Malena.

—Está bueno. No la vi.

No quedó satisfecho. El poco convencimiento con el que le había respondido su hermana era razón suficiente para pensar que era ahora cuando mentía. Se fue a su propia habitación a ver si se distraía, quería dibujar o leer, pero no pudo. Cuando Lauro volvió de la calle, pues sus padres lo habían enviado con Toñita a comprar pan y carbón, ya tenía su propia solución al problema. Lauro se arrojó a su cama y se enfrascó en la contemplación de su colección de insectos prensados con alfileres sobre una tabla.

—Lauro, necesito ir al panteón.

—¿Estás mal de la cabeza? ¿A qué panteón?

—Quiero ir a la tumba de Malena.

—¿Y para qué?

—Para pedirle perdón. Otra vez.

Lauro no necesitó hacer mucho esfuerzo para acordarse. Había padecido la congoja de Rufino en aquel momento, cuando les dieron la terrible noticia de que su hermana tal vez no volvería a casa. Y no había sido nada fácil tolerar a su hermano y sus tremendas angustias.

—¿No me dijiste que te había perdonado? ¿Que tú mismo lo viste en un sueño?

—Me equivoqué.

Lauro trató de no darle importancia. Su hermano siempre había sido muy aprensivo. Con sus juguetes. Con la escuela. Con sus figuraciones. Mejor no alimentar su mortificación. Siguió viendo sus insectos.

—Necesito ir al panteón, Lauro.

—Pues ve.

—No sé llegar. Llévame tú.

—Estás loco.

—Le digo a mi papá que le robas de su tabaco.

Hubo un principio de pleito que no prosperó. Cuando Lauro estaba encima de Rufino, sobre la cama de latón del chico, entró Toñita a la habitación y los puso en orden. Al final, el muchacho grande tuvo que acceder a la petición de su hermano pues en verdad le robaba a su padre, y no solo el tabaco sino también uno que otro centavo.

Al día siguiente, después de una noche muy atormentada y después de la rutina corriente para ir a la escuela, Rufino sentenció a su hermano que tendrían que ir ese mismo día o no habría trato. Lauro tuvo que aceptar a regañadientes aunque, cuando Rufino añadió sus canicas de plomo al convenio, decidió que hasta era mejor acompañarlo que perder el día tomando clases. Después de ser alistados por Toñita y de despedirse de sus padres, salieron a la escuela. Los tres niños más grandes de la casa iban en escuelas lancasterianas; Lauro y Rufino en la Hidalgo; y Lupita en la Independencia. Los dos chicos acompañaron a Lupita a su colegio y, cuando debían haber marchado hacia el suyo, desviaron el rumbo.

Preguntaron a un arriero cuánto les cobraba por llevarlos al río de la Piedad y ni siquiera juntando todas sus monedas llegaban al precio. Tuvieron que caminar.

A diferencia del día anterior, el sol brillaba con toda su fuerza, y ambos terminaron caminando como si fueran cuesta arriba mientras avanzaban por el sur a través de la calle de Niño Perdido y hasta llegar a la garita Ocampo.

—¿No sería estupendo que hubiera un transporte que caminara solo, como el ferrocarril, pero que no necesitara andar sobre rieles, Lauro?

—No seas tonto. Para eso existen las diligencias. Y no necesitan andar solas porque para eso se usan los caballos y las mulas.

El año anterior habían ido en el ferrocarril a dar un paseo a Orizaba. Era de los mejores recuerdos de ambos niños. El momento en que su padre los llevó a la reluciente estación de Apizaco y abordaron el tren. La visión de la niebla en las Cumbres de Maltrata y de los volcanes a la distancia las tuvieron por tanto tiempo en la mente que ambos dibujaron con precisión las cinco cimas que observaron en el paseo —el Cofre de Perote, el Pico de Orizaba, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y la Malinche— en diversas y muy coloridas versiones.

—Si existiera ese transporte, llegaríamos al panteón tan rápido que hasta podríamos volver al colegio a tiempo, Lauro.

—Mejor cierra la boca, enano.

Llegaron al Panteón Francés cuando el sol ya estaba bastante alto. Era un panteón para gente rica, franceses

o belgas, pero en el que su padre había podido obtener una perpetuidad gracias a algunos favores que le debía el señor Gosselin, el que hacía los arreglos para los entierros ahí. Malena ocupaba una tumba en un reservado para la familia completa. El río de la piedad corría a un lado del terreno, y en los alrededores sólo había árboles, árboles y más árboles.

—¿Y cómo vamos a saber si ahora sí te perdona? —preguntó Lauro una vez que alcanzaron el pequeño predio que el señor Gosselin le había concedido a Don Marcial para él y toda su familia.

—No sé, la verdad.

Los dos se quedaron viendo por un largo rato la lápida, donde quedaba de manifiesto la corta vida de María Elena Urtizón Martínez, 1874 - 1878.

Lunes, media tarde. El cementerio estaba casi abandonado. Sólo un hombre de sombrero de palma trabajaba desbrozando un terreno lejano. El cementerio era relativamente nuevo, tenía menos de diez años. Y era la respuesta a otros como Santa Bárbara y Santa Paula, que tenían serios problemas de asentamiento, con grietas y hundimientos que a veces hasta dejaban salir los féretros o los huesos mismos de los que ahí buscaban descanso. No era el caso del panteón Francés, que no tenía humedad ni siquiera tres metros hacia abajo. Todo estaba bien planeado y los monumentos, mauseoleos y pabellones eran del gusto más refinado. Por eso el blanco angelito que reposaba sobre la piedra de Malena, hacía ver la tumba de la pequeña como si formara parte de una familia de alta alcurnia y no de un abogado del gobierno.

—Ándale, pídele perdón y vámonos.

Pero Rufino no sabía ni qué decir. Ni qué llevarse consigo para saber que el asunto estaba saldado y que podría volver a seguir su vida como si nada. Que ya no debería temer una aparición a mitad de la noche o enmedio de una fotografía. Que el mundo estaba compuesto solo de lo visible y lo tangible. Pero no se le ocurría nada.

Lauro se recargó en una lápida y se echó aire con el sombrero, mientras veía a Rufino luchar contra sus propias angustias. Lo vio rezar varios padrenuestros a la carrera, hablar quedito con su hermana, morderse las uñas, empujarse las gafas, sudar bajo el inclemente sol de la tarde. Hasta que el mismo Rufino dijo:

—Vámonos. Tengo hambre.

—¿Te perdonó?

—Sabe.

Arrastraron los pies entre las polvorientas calles del panteón hasta llegar a la entrada principal. El sol, la sed y el hambre ya comenzaban a hacer estragos en ellos. A Rufino le sangró la nariz y lo consideró mala señal.

—A lo mejor sí me merezco que se me aparezca un día y me reclame —fue lo que dijo, súbitamente desilusionado y presionando un pañuelo contra sus fosas nasales.

—O que te lleve con ella —dijo Lauro, mordaz.

Rufino no se inmutó por el comentario. Caminar hacia el norte de regreso parecía imposible, una proeza de locos. Pero no había alternativa. Y su madre los esperaba de vuelta del colegio pasadas las cinco.

Aún no avanzaban ni cien metros cuando a Rufino le pareció que todo había sido inútil. Sintió miedo pero,

sobre todo, una gran tristeza. Sabía que ninguno en la casa de los Urtizón se acordaba tan bien como él del timbre exacto de la voz de Malena. O de cómo decía las cosas sin utilizar la letra R. O el aroma que siempre despedía. Pensó que ojalá algún día se inventara una medicina que curara la tisis como por arte de magia.

Cuando ya los pensamientos más ominosos le hincaban a Rufino los colmillos en pleno corazón, los alcanzó un hombre con dos mulas. Era el mismo que estaba trabajando en el cementerio. Un indio de tez curtida por el sol cotidiano y el trabajo arduo. Ocupaba una mula; la otra, aunque llevaba algunas herramientas atadas a los costados, iba libre de montura.

—Súbansen —les dijo, como una orden.

Ambos muchachos se miraron, confundidos. El hombre añadió:

—Voy al Portal de Mercaderes. Se bajan en donde quieran.

Los chicos, sin mediar palabra, decidieron que no valía la pena desdeñar el ofrecimiento. El hombre iba a uno de los portales ubicados frente al Zócalo, a pocas cuadras de su casa.

Lauro ayudó a Rufino a subir y luego él mismo se trepó a la mula. El hombre arreó ambas cabalgaduras y siguieron adelante en silencio. Después de algunos minutos, el señor sacó un guaje y les ofreció de beber. Lo hicieron con gusto. Luego les obsequió tortilla y un poco de chito. Cuando ya se alcanzaba a distinguir el acueducto de Chapultepec, a la altura del barrio de Romita, el hombre se atrevió a hablar.

—¿A quién fueron a visitar al panteón?

Pasaron algunos segundos para que Lauro, a quien abrazaba Rufino por la espalda, hablara.

—A mi hermana Malena.

—¿Y por qué? ¿Por qué hoy?

Lauro tardó en responder, nuevamente.

—Porque este enano piensa que murió por su culpa. Y que ella no lo ha perdonado.

El hombre no mutaba el rostro. Se encontraron de frente con un arriero que iba hacia el sur. Algo se dijeron ambos en mexicano. Los dos muchachos, aunque no comprendieron, no les pareció extraño. En toda la ciudad se escuchaba hablar la lengua de los indios con frecuencia, debido a la gran población de trabajadores que acudía de los pueblos de San Agustín, Mixcoac, San Antonio Tomatlán...

Después de un rato, cuando al fin giraron hacia el oriente en la garita para ir rumbo a los Arcos de Belén, el hombre volvió a hablar. En el tránsito de ida y vuelta a la Ciudad de México ya se veía una diligencia, hombres a caballo, carretas.

—¿La empujaste a una acequia? —miró directamente a Rufino.

—¿Cómo dijo?

—Que si empujaste a tu hermana a una acequia. O a un canal.

—No.

—¿Tons por qué sientes culpa?

Rufino no había hablado de eso más que con Lauro. Ni siquiera con sus padres o con Toñita. Y de pronto,

dejarlo salir así nomás, enfrente de un desconocido, le pareció como cruzar un límite. Pero quién sabe si no le estaba haciendo falta.

Ya iba a explicarse cuando el hombre, como impelido por una voluntad más fuerte, se le adelantó.

—Yo sí empujé a mi hermano a una acequia.

El sonido de los cascacos de las mulas sobre la calzada fue todo lo que escucharon Lauro y Rufino después de las graves palabras del hombre, a pesar de que ya se encendía el bullicio de la ciudad a la distancia y que un jinete se les había emparejado.

—Estábamos jugando. Fue sin querer. Ninguno de los dos sabía nadar. Ansina y todo me aventé por él. Casi nos ahogamos los dos.

Las mulas no redujeron el paso. La gente no dejó de hablar ni el agua del acueducto de gorgorear. El tiempo no se detuvo. El sol permaneció en el cielo y las pocas nubes se mantuvieron inmóviles. Pero para Lauro y Rufino fue como si estuvieran, repentinamente, los tres sentados en un inmenso salón, el hombre del sombrero de palma con las manos entrelazadas, ellos mirándolo con aflicción, un féretro al fondo, millones de velas encendidas, un cristo clavado en un madero mirándolos gravemente; y era como si ni los cascacos de las mulas perturbaran el silencio.

—Pero sólo se ahogó él —espetó el hombre dando una mordida a un pedazo de tortilla.

Rufino pensó que algo se urdía entre ellos, algo que necesitaba de ese tiempo justo para alcanzar el grado de fermentación donde las ideas importantes surgen



de algún lugar en el interior de las personas. Súbitamente le pareció precioso cada segundo de ese viaje lento y sosegado, pues recordó de pronto el paseo en ferrocarril que habían hecho él y Lauro con su papá y lo bien que se lo habían pasado mientras veían todo correr a gran velocidad del otro lado de la ventana cuando, en contraste, todo se quedaba estático al interior del vagón. Recordó que su padre les había hablado de cosas que no se le daban en la casa, usualmente con los ojos puestos en un libro o en el arrastrar de la pluma sobre algún manuscrito: como la vez que vio llegar a Maximiliano de Hasburgo a la capital, o como cuando conoció a su esposa en esa misma casa que ahora habitaban, o el día en que lloró porque su abuelo Fermín quiso regresarse para siempre a España.

El hombre de piel bronceína se quedó callado casi hasta que llegaron frente a la cárcel de Belén. Ahí les volvió a ofrecer agua. Luego, se bajó a comprar tunas. Les convidó dos a cada uno. Volvió a avanzar por la calle. Y sólo entonces, como cumpliendo con ese plazo que Rufino sabía que tendría que llegar, habló como rematando una frase suspendida en el aire.

—Nunca me quedé con nada suyo. Y ora, les juro por ésta, daría un año de mi trabajo al que me regalara cualquier cosa de él. Un escapulario. Su peine. O no más de acordarme cómo sonaba su risa.

Y no dijo más.

Los muchachos tampoco. Ni siquiera cuando se bajaron de la mula en la esquina del callejón de Aranda y la segunda de Salto del Agua. Un apagado “gracias” fue

todo. Solo miraron al hombre avanzar tranquilamente, alejándose, con cada paso, un poco más de ellos y de su inamovible pasado.

La señora Urtizón nunca se enteró de la travesía de sus hijos y tampoco le causó ninguna desazón que los dos llegaran con el rostro tan enrojecido o con hemorragia nasal. No sería la primera vez que se asolearan por tanto tiempo en el patio de la escuela ni la última que les diera una friega de alcanfor en el estómago. Con todo, a las dos semanas llegó el esperado paquete. Envuelto en papel y atado con gruesos cordeles.

La señora esperó a que estuvieran presentes los seis integrantes de la familia para abrirlo.

Naturalmente, en la fotografía sólo aparecían los que posaron para ella esa tarde de domingo. Ni uno más. Ni uno menos.

Pero en el baúl de juguetes de Rufino, aunque nadie más lo supiera, sí apareció algo novedoso y singular: una muñequita de trapo con cabellos anaranjados y vestidito azul a la que faltaba un ojo y que su hermana, aquella ausente hermana que nunca pudo pronunciar la erre, no soltaba para nada.



**1914**

—Es que ya casi van a llegar los zapatistas.

El salón de clases estaba prácticamente vacío. Así que la estampa era casi ridícula. El profesor Solana, detrás de su escritorio, se encontraba encorvado y con los puños sobre la desgastada tabla, confrontando al muchacho en un salón en el que sólo tres pupitres estaban ocupados.

—¿Cómo dijo, Urtizón? —preguntó el profesor con rostro adusto.

Las miradas de Octavio y Héctor —los otros dos alumnos que también se habían presentado a clases— no se apartaban de Alfonso. Y había indicios de sonrisas en sus caras, pues siempre hay modo de encontrarle el gusto a una situación en la que es otro el que está a punto de ser castigado.

—Le pregunté si estudió la lección de geografía que encargué.

Lo correcto hubiera sido decir que no, callarse y aceptar el usual castigo, pasar al fondo del salón a mirar la pared con aires de resignación y derrota, pero a Alfonso le pareció que, por esta vez, valía la pena no sólo decir la verdad sino también explicarla.

—Y yo le contesté que no, pero es que ya casi van a llegar los zapatistas.

Ni siquiera en el año cuatro, cuando hubo aquella epidemia de sarampión en todo el barrio, habían faltado tantos niños a la escuela. Solana ya era profesor de primaria superior en ese entonces. Y ya desde entonces infundía terror en el alumnado.

—Pase al frente.

A Alfonso no le costó ningún trabajo adivinar lo que seguía. Una cosa era no haber estudiado la lección y otra contrariar al profesor.

—La mano.

Alfonso estiró la derecha, con la palma hacia arriba. Solana la golpeó con su regla. Octavio y Héctor rieron por lo bajo.

—Vaya a la pared —dijo el profesor. Y Alfonso obedeció mientras se frotaba la mano contra la ropa. De espaldas a sus compañeros, con la vista fija en el amarillento mapa de la república mexicana justo a la altura de Zacatecas, no dejaba de pensar que con toda seguridad al día siguiente no iría a la escuela, así lo obligara su padre. ¿Qué tal que llegaban los zapatistas y moría por algo tan sin chiste como ir a la escuela?

Solana preguntó ahora a Octavio si había estudiado la lección, éste respondió que sí, vinieron algunas preguntas y respuestas, la clase siguió, aunque con Alfonso todo el tiempo mirando a Zacatecas. A la hora del recreo, Solana no quiso quedarse en el salón con la incómoda presencia del rebelde alumno y lo dejó salir al patio.

Casi no habían acudido niños a clases a la escuela pública Antonio Alzate, y no solo en quinto grado sino en todos los cursos. Alfonso y Octavio tuvieron suerte de que Héctor se hubiera presentado, pues llevó pan de centeno para obsequiar; como era hijo de uno de los tenderos del barrio, era de los pocos a los que la escasez no ponía a temblar. Los tres chicos se sentaron en la amplia escalinata a compartir el pan, la limonada y el nerviosismo.

—Dicen que son los tipos más salvajes que hay.

—Piensan saquearlo todo, ultrajar a las mujeres, matar a quien esté a la vista y luego, cuando ya no quede nada, incendiar la ciudad.

—Un amigo de mi papá los vio comer carne humana. Desde mediados de año, cuando los constituciona-

listas, comandados por el general Álvaro Obregón, entraron a la ciudad, los niños estaban esperando que la guerra se trasladara hacia allá con todos sus horrores. Y cuando supieron que tanto los villistas como los zapatistas estaban en camino, ya no tuvieron dudas: las cosas más espantosas ocurrirían. La leyenda negra de los zapatistas los antecedía. Y no era nada romántica. Ladrones, asesinos, saqueadores, peores que monstruos... y ya estaban a las puertas de la capital. Era cuestión de horas para que iniciara el terror.

Pero al menos ese día no hubo más espanto que el mal genio de Solana. Los tres chicos volvieron a sus casas sin haber vivido ningún avistamiento de los bárbaros acercándose a todo galope.

La escuela se encontraba en la esquina de Bolívar y San Felipe Neri, a pocas cuadras de la pequeña casa en la que Alfonso y su familia vivían, con balcón y tres recámaras, además de estancia, baño y cocina, en Regina y Espíritu Santo. Para Alfonso era mejor vivir ahí que en la oscura casona que habían habitado, en la segunda calle de San Francisco, hasta que su padre tuvo que venderla cuando a su negocio le fue mal por culpa de la guerra en el país. Terminaron rentando en el barrio de San Miguel. No que fuera mal barrio, pero tampoco era pleno centro, San Francisco o Plateros. Y la verdad es que a Alfonso hasta le parecía mejor, porque sus tres hermanos grandes ya se habían casado y en la casa sólo quedaban él, su hermana Lucía y sus padres. Y aquella casa tan enorme le daba miedo. En algunas noches particularmente oscuras se escuchaba tocar una piano-

la fantasmal en uno de los pasillos y la risa de una niña pequeña reventaba a veces en el cuarto de los trebejos.

Al salir de la escuela corrió por Bolívar hasta la plaza del templo de Regina Coëlli, hizo sonar sus zapato-nes por el empedrado y llegó a la esquina de la antigua calle del Corchero para luego entrar a la vecindad en la que vivía con sus padres y Lucía. Por costumbre dio unas palmaditas al automóvil que su padre había comprado antes de perderlo todo por culpa de la guerra, un Fiat negro precioso que funcionaba perfectamente pero que el señor Urtizón no había echado a andar en más de un año entero.

Llamó a la puerta, dio un beso a su madre y, en cuanto entró, subió por las escaleras, arrojó sus libros y libretas al duro colchón de la cama de sus padres para luego asomarse al balcón que daba hacia Espíritu Santo. Nada. Ninguna señal del espanto que habría de desatarse de forma inminente. Envidió en secreto a su amigo Luis, aquel con quien había ido un par de años a la escuela de paga y que vivía más hacia el oeste, pues desde su casa se veía la calzada de San Antonio Abad, y seguramente por ahí entrarían los zapatistas y no por Niño Perdido o por La Piedad. Tomó su catalejo de juguete y trató de abarcar más con la vista, detectar alguna columna de humo a la distancia. Nada.

Su hermana Lucía se asomó al balcón junto con él. Era mayor por tres años. Y no había ido al colegio ese día, por órdenes de su padre.

—¿Nada? —preguntó al muchacho.

—Nada.

Eran los primeros días de diciembre. Los fríos comenzaban. Densos nubarrones pintarrajeaban el cielo de gris. Pero no llovía. Y el sol se mostraba amedrentado.

—Cómo me gustaría que tuviéramos teléfono —dijo Alfonso—. Podría llamarle a Luis y preguntarle si los ve venir por la calzada.

—¿Luis tiene teléfono? —preguntó ella.

—Sí.

—Qué envidia. Yo nunca he hablado por uno. ¿Tú sí?

—Tampoco.

—Debe ser muy rico tu amigo Luis, ¿no?

—Algo.

Nadie en San Miguel, que él supiera, había contratado una línea telefónica. O al menos no en su calle. De hecho, eran pocas las casas en la capital que contaban con el servicio, pero su amigo Luis era de los afortunados. Tenía un reluciente aparato negro con bocina y parlante encima del trinchador de la estancia, al lado de unos muñequitos de porcelana y una fotografía de su abuelo el almirante.

—Ha de ser como magia, ¿no? Hablar con alguien que está tan lejos. Oirlo como si estuviera cerquita —dijo ella.

—Sí. Magia pura.

Alfonso se acordó cuando su tío Lauro le contó de los días en que trabajaba para el periódico *El Imparcial*. Muchas noticias les llegaban por telégrafo. Podían estar pasando las cosas muy lejos y, de todos modos, publicarse con un día o dos a lo mucho de retraso. Increíble.

—A lo mejor no vienen —dijo Lucía.



—De que vienen, vienen —aseguró Alfonso, regresando el catalejo a su mínima expresión.

La tarde se desvencijó de a poco, como un monstruo antediluviano que se recuesta para morir de viejo. El frío apretó pero nada al interior de la casa de los Urtizón causó novedad alguna. El padre, quien se había tenido que emplear en una sastrería para tener con qué alimentar a su familia, había sido dispensado de trabajar esos días por temor a la llegada de los ejércitos del norte y del sur. Pero en ese momento terminaba la hechura de un traje de charro en el improvisado taller que había dispuesto en la habitación que nadie ocupaba. La señora, fiel a su origen coahuilense, hacía tortillas de harina con masa dura que iba pichicateando día a día. Lucía leía una novela de Alejandro Dumas. Y Alfonso jugaba con un changuito de alambre y piel de conejo que tocaba el tambor.

El reloj dio la siete. La oscuridad era completa. Algunos faroles de arco ya habían sido encendidos en la calle. Al interior de la casa, no obstante, apenas dos velas de sebo.

Alfonso jugaba ahora con un entierro de juguete que le regaló la tía Eugenia en su cumpleaños. Llamaba la atención el ataúd pequeño, la procesión de curas con cabeza de garbanzo y vestidos con papel lustre. La mamá de Alfonso ya había empezado a palotear las tortillas cuando, al ver el juguete de su hijo, recordó el sepelio de su suegro, don Marcial, casi un año atrás, en la navidad del año trece. Recordó lo mucho que el abuelo quería a sus hijos y miró con melancolía a su

esposo, quien había caído rendido sobre la mesa en la que hilvanaba el dorado de las charreteras del traje a medio terminar. Sus gruesas gafas habían caído al suelo.

La noche fue tranquila, como habría sido la muerte del mismo monstruo antediluviano, rendido de melancolía al final de la tarde.

Fue a pocos minutos del alba, cuando el lechero llamó a la puerta, que Alfonso despertó. La señora Marta le extendía la cacerola al hombre que viajaba todos los días en su carreta de mulas, desde un establo en Campo Florido, cuando Alfonso se presentó ante su padre, aún adormilado en la cama.

—No. No puedes faltar a la escuela.

—¡Pero ya ningún niño está yendo!

—Mientras vaya tu profesor, tú tienes que ir también.

—¿Y por qué Lucía no va también?

—Porque es mujer. Es distinto.

—¡Si me matan los zapatistas será culpa suya, papá!

Salió corriendo de la habitación y fue a arreglarse para ir a la escuela con todo el coraje de estar sufriendo una injusticia. Se lavó la cara, se vistió, desayunó a regañadientes y se fue a la Antonio Alzate. Ni siquiera abrían aún cuando él llegó, pero no le importó en lo absoluto. Incluso lo prefirió para poder estar a solas con sus pensamientos. Sacó de su mochila un pedazo de periódico de *El Diario*, que su papá ya solo compraba los domingos, por falta de dinero. Pero él siempre se quedaba con la sección de muñequitos, el Capitán Tiburón y sus sobrinos Toto y Quique, el pi-

rata Juan y sus compinches, el Inspector, los tres hermanos Salmón.

Entre los primeros en arribar a la escuela siempre estaba el profesor Solana. Y ese día no fue la excepción. En cuanto lo vio llegar, supo Alfonso que no tendría escapatoria. Sonó la campana de la entrada y, guardando la hoja de historietas, entró a regañadientes a la escuela. Sólo cinco niños más se habían presentado a estudiar en todo el plantel, ninguno de su grado.

En el aula se encontró únicamente a Solana, con su traje de enterrador y su ánimo de sepulturero. Revisaba un libro de anatomía.

—Buenos días —dijo al entrar.

—Buenos días, Urtizón —respondió el profesor sin levantar la vista ni las gafas del libro.

Alfonso hubiera esperado un “gracias por venir” ya que ni Octavio ni Héctor fueron ese día, pero Solana continuó leyendo.

Al volver a sonar la campana para el inicio de clases, el maestro se puso de pie y dictó la lección a su único alumno. Alfonso aprovechó para estudiar a su viejo profesor, darse cuenta de que tenía el traje remendado por todos lados y los zapatos con notorias aberturas, que el corbatín espejeaba de tantas puestas y que algunas zonas de su rostro estaban mal afeitadas. Aprovechó el hecho de que no podía mirar hacia ningún otro lado, por el temor de ganarse un coscorrón o un reglazo, para darse cuenta, por primera vez en el curso, de que su profesor era aún más pobre que él y su familia.

A la hora del recreo le pidió permiso para quedarse

en el aula, dado que no tendría nadie con quien jugar en el patio. El profesor Solana consintió. Y en silencio uno leyó su libro de anatomía y el otro hizo dibujos de piratas que copió de su hoja de *El Diario*. El profesor le preguntó, a los pocos minutos, si había llevado almuerzo y Alfonso admitió que no. El viejo le obsequió un pedazo de pan francés embarrado con mantequilla.

Luego, la clase continuó como si el aula estuviera repleta.

Cuando sonó la campana de salida, Alfonso no pudo evitar preguntar.

—¿Mañana va a venir, profesor?

—A menos que cierren la escuela.

—¿Y si vienen los zapatistas?

—A menos que vengan a cerrar la escuela.

A Alfonso le dieron ganas de replicarle que a lo mejor venían a incendiarla, no a cerrarla, pero prefirió no tentar a su buena suerte. Se despidió y fue a su casa, pensando que tal vez jamás llegarían ni Zapata ni Villa ni nadie a la capital.

La tarde fue similar a la anterior. La espera de Alfonso y Lucía en el balcón, lamentando que los rumores de que habían visto a los zapatistas por Contreras o Xochimilco fueran falsos. Extrañaron los días en que su papá aún tenía el negocio de telas y podían ir a las vistas, al cinematógrafo, al teatro o al guñol o a la alberca Pane. Jugaron un rato con una pelota de trapo y volvieron a cenar tortillas de harina resacas con frijoles.

Al día siguiente se repitió el esquema. Ningún otro niño se presentó a clases. El profesor Solana dictó lec-

ción de aritmética hasta que sonó la campana del recreo. Alfonso ya no le pidió permiso para quedarse, simplemente no se movió de su lugar. Mientras estaban en silencio, notó que el maestro utilizaba la punta de su pluma, remojada en tinta, para retocar los sitios en los que su traje había perdido color. Ahora él le convidó del almuerzo que, por pura suerte, sí había llevado ese día, tres taquitos de huevo. El maestro aceptó uno.

—Profesor... ¿usted tiene hijos?

—Sí.

—¿Chicos o grandes?

—Grandes. Viven en Puebla.

—¿Y su esposa?

—Ya no vive.

—Qué lástima. ¿Cómo murió?

—De tuberculosis.

—Es una enfermedad, ¿verdad?

—Antes la llamaban tisis.

—Te da por mojarte con agua fría cuando hace mucho sol, me contó mi papá.

—Mentira. Te da por contagio. Es producida por una bacteria.

—Ah. ¿Hace mucho que murió su esposa?

—Cinco años.

—¿La extraña?

Sonó la campana y volvieron a la aritmética como si el salón tuviera más niños que bancas vacías. Pero por alguna razón Alfonso ya no tuvo miedo. Tal vez porque nunca en el curso había sostenido un diálogo tan entendido con su viejo profesor. Respondió lo mejor que

pudo a las preguntas de éste y, cuando se terminó la clase, ya no indagó sobre si debía ir o no al siguiente día.

Esa tarde se sintió un poco triste porque su padre intentó hacer andar el Fiat y no lo consiguió. Desde la ventana de su cuarto, que daba al patio de la vecindad, vio al hombre de las gafas gruesas pelearse con la palanca que debía girar para lograr el arranque. Su mamá se aproximó a él por la espalda y también contempló al negociante de antaño que luchaba, sin éxito, por darle vida a su auto. Y también se llenó de tristeza.

Antes de acostarse Alfonso formuló un rezo chiquito. En éste pedía que un día volvieran él y Lucía y sus papás a pasear en el Fiat por el Paseo de la Reforma.

Al día siguiente llegaron los zapatistas.

Durante la noche un sereno avisó que ya estaban en Tlalpan las primeras huestes en avanzada, por eso don Rufino ordenó a Alfonso faltar a la escuela. Y el muchacho, aunque ya estaba despierto antes de la llegada del lechero, obedeció a su padre sin chistar.

—Papá, ¿usted cree que incendien la escuela?

—Es posible.

Ambos hermanos no se despegaron del balcón del cuarto de sus padres, aunque su madre no les permitía aproximarse a menos de cinco metros de la ventana. Aguzaban el oído contra el muro o sentados en la cama, pero sin asomarse. Dieron las diez de la mañana y en ningún momento se escuchó un estallido de cañón, un balazo, nada.

Alfonso pensaba en Solana. Y en su cuerpo rendido por una bala. O su cabeza cortada de tajo. Pensaba en

su viejo profesor y la muerte avenida por cumplir con su deber.

A las once y minutos llamaron a la puerta. Y ambos chicos, pese a las órdenes de su madre, fueron corriendo al enrejado del balcón.

Siete hombres morenos, cansados y con tal cara de desencanto que rompía el corazón, esperaban a que alguien les abriera. No llevaban montura ni uniformes, a diferencia de los constitucionalistas. No todos llevaban calzado, y los que sí, llevaban huaraches, no botas. Sólo cuatro tenían fusiles y sus cananas iban chimuelas de balas. Las pieles les brillaban de sudor como si fuesen de madera pulida. Y no se les veían por ningún lado las ganas de matar o violar o saquear. Alfonso levantó la vista y vio que otros grupos de pocos soldados también llamaban a otras casas en esa calle. Solo vio dos caballos y una mula. Ningún cañón o cosa parecida. Y nadie levantaba arma alguna en contra de nadie.

La puerta se abrió.

—¿Qué se les ofrece? —dijo el señor Urtizón.

—Perdone asté, patrón, pero venimos a pie desde Cuernavaca y no hemos comido casi nada desde que salimos. ¿No podría echarnos un taquito por caridad?

Fue la señora Marta la que se adelantó a su esposo. Abrió la puerta.

—Déjalos pasar, Rufino.

Los muchachos bajaron las escaleras a la carrera para contemplar la escena. Todas las tortillas de harina serían entregadas, así como una olla de frijoles

y medio kilo de azúcar a los maltrechos hombres de Zapata. Y una bendición apresurada.

Mientras veía a esos hijos de la tierra comer con toda humildad y los ojos como clavados al suelo, Alfonso pensó que la pobreza es algo casi tan triste como la guerra. Y a lo mejor más difícil de vencer.

Salió entonces disparado hacia la escuela. Las calles estaban pobladas de zapatistas pero no sentía ningún miedo. Hacía ya unos días que el temor había quedado atrás y para siempre en su vida. Ya no tenía miedo ni por el profesor Solana o los ejércitos del sur o la muerte misma.

Al llegar a la Antonio Alzate, traspuso la puerta y corrió hacia su salón. El profesor leía un libro de geografía. Sintió Alfonso, de cualquier modo, un sorprendente alivio. Nadie más compartía el aula.

—Se me hizo tarde, profesor.

—Ya lo veo, Urtizón.

—¿Quiere castigarme?

Solana levantó los ojos por encima de sus redondos quevedos. El cristal en uno de ellos mostraba una grieta. El viejo se detuvo en la contemplación del muchacho, agitado y sudoroso por un buen rato.

—Tome asiento.

Luego, el maestro se levantó. Alfonso, por el contrario, ocupó su pupitre.

—Llegaron. ¿Se enteró, maestro? Los zapatistas.

—Sí. Me enteré —dijo Solana mientras apuntaba en el pizarrón la lección de gramática correspondiente a ese día—. No son precisamente Atila y los hunos, ¿cierto, Urtizón?



—No sé, profesor.

—¿No sabe?

—No. No sé quiénes son Atila y los hunos.

Solana dejó de darle la espalda. Lo miró con curiosidad. Alfonso se fijó en los puños de su traje de enterrador, siempre blancos de tiza, sus pobladas patillas, su rostro tan hermético como el de Juárez o Alzate, en sendos retratos a sus espaldas. Se fijó en una mancha de comida en su percutida camisa.

El profesor regresó la vista al pizarrón. Borró lo que había anotado. Cambió la lección por una nueva, de historia universal. Podía darse esa licencia. Era un día especial. Y acaso por eso dijo, antes de iniciar:

—La historia es importante, Urtizón. Su historia. La mía. La del país. La del mundo.

Al instante se arrepintió. Le había parecido una frase, aunque cierta, tal vez demasiado afectada.

—Profesor.

—Qué pasa, Urtizón.

—Que olvidé mi libreta. Y todas mis cosas.

—¿Y dónde piensa anotar?

—No sé.

Solana se aclaró la garganta. Negó con la cabeza. Se empujó los anteojos.

—Vaya a la pared.

—Sí, profesor.

Y así, mientras Alfonso se preguntaba si los dorados de Villa también traerían mucha hambre el día en que llegaran, si se podría considerar historia eso que había pasado en la mañana, si Zacatecas, a falta de costas ten-

dría muchos ríos, la voz del profesor Solana hablando del implacable Atila y sus terribles hunos le colmó los oídos el resto de la mañana, hasta que sonó la campana de fin de clases y empezó una lluvia suavcita en el barrio, una de esas que calan el cuerpo y también, a veces, el alma.



**1940**

Era una guerra. En más de un sentido. Finalmente, el hermano José la había bautizado así, “Guerra entre romanos y cartagineses”, una batalla en forma. Pero la idea era confrontar a los alumnos en el aula, nunca afuera.

—¿Le entras o no, cuarenta y ocho?

Tobías tenía miedo. Esa es la verdad. Pero tampoco quería quedar como un llorón o un cobarde.

Era un martes como cualquier otro. Se encontraban en el patio de la escuela a la mitad del recreo. Y era Millán el que lo confrontaba. Millán era el más bueno de la clase, el más alto, el más rápido en los deportes. Pero también el más papanatas. No sabía perder, esa es la verdad, y por eso había llevado ese asunto de la guerra hasta las últimas consecuencias.

Tobías, por el contrario, era de los últimos. Cuando el hermano José hacía los equipos, al principio de cada bimestre, él siempre quedaba rezagado. Se levantaba de su escritorio el hermano José y decía, en voz alta: “Prepárense para la guerra” y entonces los separaba en romanos y cartagineses. Escogía al que tenía mejores calificaciones, Millán en este caso, y lo ponía en un equipo; luego escogía al siguiente en calificaciones, Robledo casi siempre, y lo ponía en el otro equipo. Y así, sucesivamente, para equilibrar. Tobías solía ser de los últimos en ser escogidos.

Las batallas eran de conocimiento, claro, pero al fin batallas. Un romano preguntaba algo a un cartaginés. Y si éste no sabía la respuesta, “moría” y era retirado de la batalla. Un cartaginés reviraba y, si el romano no sabía la respuesta, moría también. Así hasta que quedaban sólo los mejores. En todo caso, la semana anterior habían perdido tres veces consecutivas los romanos —con la consecuente burla de los cartagineses— y puesto que Millán no sabía perder —aunque tal vez Robledo tampoco supiera ganar—, había retado a sus adversarios a una pelea en forma en el parque de Orizaba para el día siguiente. Robledo había aceptado

de inmediato y hasta había hecho mofa de que los derrostrarían también a los golpes.

—Te estoy hablando, cuarenta y ocho —insistió Millán, rodeado por sus compinches, otros romanos de dura cepa—. ¿Estás o no estás?

Tobías lamentaba también ser de los más bajitos de la clase. De los más bajos en todo, en calificaciones, en estatura, en peso.

A Millán lo conocía desde que iban al internado en San Luis Potosí, cuando él era el número 48 y Millán el 31. Los hermanos maristas en San Luis ni siquiera los llamaban por sus nombres sino por sus números de lista. Por eso, durante mucho tiempo, para Millán él había sido el cuarenta y ocho; y por ello seguía llamándolo así.

En ese momento Tobías pensó en su primo Rodrigo, que siempre había ido a escuelas laicas y socialistas. Se preguntó si también en esas escuelas habría broncas como en las escuelas religiosas. A lo mejor sí. A lo mejor no. Envidió a su primo.

—Contesta Urtizón —lo urgió Martínez Fierro, el segundo de a bordo de Millán.

—Estoy, sí —respondió Tobías, casi sin pensarlo.

—Me da gusto —dijo Millán luego de apuntar su nombre en un cuaderno y abandonarlo a medio patio.

En ese momento Tobías odió con todas sus fuerzas a Lázaro Cárdenas, el presidente de México. Le echaba la culpa de su propio regreso al Distrito Federal. Claro que era bueno vivir en su casa con sus papás y sus hermanos, en vez de hacerlo en un dormitorio

lleno de niños pendencieros en provincia. Pero había aprendido a ser feliz en San Luis Potosí; sus compañeros se habían acostumbrado a él y él a ellos, como una rara familia donde todos tenían un número y un lugar. En cambio en la Ciudad de México, sin la constante supervisión de los curas, a veces se sentía como si le quedara grande tanta libertad. Los otros chicos siempre hallaban con quién jugar y él, en cambio, siempre se sorprendía pateando piedritas a mitad del recreo.

Su papá era quien afirmaba que gracias al presidente Cárdenas las escuelas católicas habían podido abrir de nuevos puertas en el Distrito Federal, posiblemente porque también los curas habían ayudado a pagar la deuda generada por la expropiación petrolera, poniendo hasta cálices y copones de oro a la hora de la colecta. Con todo, el presidente Cárdenas ya terminaba su mandato y Tobías no podía más que odiarlo un poco en secreto.

A la salida de la escuela, cuando su hermano Mariano ya estaba a las puertas para recogerlo en el flamante Buick de la familia, pensó que tal vez lo mejor sería enojarse con su mamá por no dejarlo estudiar en una escuela laica y socialista como a su primo Rodrigo.

Subió al coche en silencio, como casi siempre.

—Hola, Chaparro —dijo su hermano sin sacarse el cigarro de la boca. Tenía veinte años y un puesto en el despacho de su tío Enrique. Pero también era el encargado de recoger a Tobías en el colegio, entre otros mandados de índole similar.

“Ojalá fuéramos pobres”, pensó ahora Tobías. “Así estudiaría en una escuela pública y no tendría que preocuparme por una guerra en la que tal vez muera”.

—¿No te fue bien en la escuela, chaparro? —le preguntó Mariano al detenerse en un semáforo para salir de la colonia Roma e ir en dirección al sur, hacia la colonia del Valle.

—¿Tú alguna vez te peleaste en el colegio?

—Uuuh... montón de veces.

Pero prefirió no seguir indagando para no llevarse un sermón por blandengue. Recordó que, según su hermano Mariano, él era demasiado atolondrado. Le molestaba que no le gustaran los deportes y que prefiriera la lectura o la música a escuchar en la radio un buen partido del Necaxa, el equipo de fútbol donde militaba Horacio Casarín, su ídolo.

Avanzaron por la avenida en dirección al puente para cruzar el río de la Piedad.

—¿Por qué? ¿Te peleaste, chaparro?

Tobías miraba hacia afuera, hacia el panteón Francés, a su izquierda. Recordó que ahí habían sepultado a su abuelo apenas el mes pasado, en un bonito mausoleo de mármol que decía en la parte superior: “Familia Urtizón”. Recordó que su padre había dicho que, como ya no cabía nadie más en la perpetuidad, a partir de entonces todos serían enterrados en el panteón de Dolores, donde había adquirido un buen espacio, con un cristo grande de brazos abiertos y alta reja de hierro. Él mismo había acompañado a su papá a verlo, un domingo en el que le sangró la nariz.

—No. Nomás se me ocurrió.

Pensó con tristeza que su abuelo, enterrado a unos cuantos metros de ahí, le daba buenos consejos y, de vivir todavía, le habría preguntado qué hacer. Lamentó que lo único que hubiese dejado de herencia fuera esa carcacha negra que su papá conservaba en la cochera de la casa por pura nostalgia porque, a raíz de un paseo en el que salieron sus abuelos, su papá y su tía Lucía a dar la vuelta sobre Paseo de la Reforma, ya nunca volvió a andar el armatoste.

Cuando llegaron a la casa en la naciente colonia del Valle, Tobías seguía callado. Y volvió a pensar que ojalá fueran pobres.

Su papá había querido comprar ahí, tan lejos del centro de la ciudad, porque sólo ahí le alcanzaba para comprar esa pequeña mansión en la que habitaban los ocho Urtizón García, los dos padres y los seis hijos. Tobías era el antepenúltimo. Y acaso el más consentido, porque tenía más juguetes incluso que sus dos hermanos más chicos. Ahí en la colonia del Valle todavía había muchas calles sin pavimentar y casas en construcción y hasta llanos arbolados, pero para don Alfonso era casi como un refugio del estruendo de la ciudad, donde tenía su consultorio, en la calle de San Juan de Letrán, casi esquina con Madero.

Mariano lo dejó en la casa para volver a la oficina y Valentina, una de las muchachas de servicio, condujo al muchacho al interior de la casa, a través del jardín y la algarabía de los dos perros labradores a los que siempre les entusiasmaba su llegada.



Al traspasar la puerta, Tobías descubrió que su padre se encontraba ahí, cosa rara, tomándose un brandy en la sala, fumando y escuchando la radio en la consola que ocupaba el lugar de honor de la estancia principal.

—Hola, papá.

—Tobi. Ven. ¿Cómo te fue en la escuela?

El hombre de tirantes desganzados lo subió en sus piernas. Le dio un beso. Aceptó el parco “bien” con el que su hijo le mintió. Siguió escuchando la XEW, fumando y bebiendo y mirando esporádicamente su reloj de pulsera.

Tobías se sentó a comer, atendido por Valentina, mientras observaba en silencio, desde el comedor de doce sillas, a su padre. Se le ocurrió que lo más genial del mundo sería que su papá pudiera ver todo lo que estaban narrando en ese momento en las noticias como lo veían a veces en el cine, cuando pasaban cortos informativos antes de la película. El hermano José les había hablado de un aparato llamado televisión que podía hacer eso pero que en México aún no existía; y Tobías prefería mostrarse escéptico ante esas cosas porque tan solo de imaginar que pudiera ver los cuentos de Cri Cri que pasaban los sábados por la radio, se ponía peor de nervioso que cuando era la víspera del día de reyes.

Cuando ya estaba dando cuenta de sus plátanos con crema, en el aparato entrevistaban a Toña la negra, una de las cantantes preferidas de su papá. Decidió subir a su cuarto de puntitas para no distraer al señor, quien de todas maneras se iría a trabajar pronto a su consultorio.

Mientras subía las escaleras escuchó que sonaba el teléfono. Y que Valentina contestaba para luego gritar, desde la mesita del teléfono:

—¡Doctor, le hablan de la universidad!

Envidió a su papá, que había ido a puras escuelas del gobierno.

“¿Y si le llamo a Rodrigo para que me cuente si en su escuela hay guerras entre los alumnos?”

Ya en su habitación, hizo su tarea con indolencia y se puso a leer el único libro que le regalara su abuelo en vida: Lecturas clásicas para niños, del Departamento Editorial de la Secretaría de Educación. Ya antes había leído extractos de la Ilíada, pero esta vez los relatos le calaron más hondo. Se imaginó que no había mucha diferencia entre una guerra librada por romanos y cartagineses o troyanos y aqueos. Y que cualquiera podría morir de una pedrada en la cabeza, ya fuera en Troya o en el parque de Orizaba de la colonia Roma. Con estos pensamientos se quedó dormido y no despertó hasta el otro día. Valentina se encargó de ponerle la pijama y disculparlo de la merienda con su madre.

Al día siguiente Tobías pensó seriamente en fingirse enfermo, pero sabía que, aun si se libraba de la guerra en el parque, no se libraría nunca de Millán. Se vistió rezando bajito y bajó a desayunar.

Avisó a su madre que tenía que quedarse más tiempo en la escuela, hasta las siete de la tarde, porque tenía ensayo con el coro de la escuela y ella ni chistó, sólo le notificó a su hijo Mariano que no debía ir por Tobías sino hasta esa hora. Mónica y Sofía, las otras dos

niñas en edad de escuela terminaron de desayunar y se subieron al coche, un precioso Ford con capacidad para siete pasajeros, en el que José Luis, el chofer de la casa, las llevaba junto con Tobías al colegio. Y Tobías ya iba también en camino al coche cuando tuvo una última y arriesgada idea. Se detuvo frente al teléfono, donde su padre atendía una conversación y, tirando de su chaleco, exclamó:

—Papá, ¿puedes llevarme tú a la escuela hoy? —preguntó a su padre.

Algo vio el doctor en la mirada de su hijo que, luego de colgar, lo interrogó.

—¿Por qué?

—¿Puedes?

—Sí, pero...

—¿Puedes?

De cualquier modo, la colonia Roma le quedaba más o menos de paso al doctor en su camino al centro.

La cochera se vació de autos, con la excepción de la carcacha negra del abuelo, que dormía el sueño anquilosado de las máquinas que jamás han de volver a funcionar.

—¿Qué te traes entre manos, Tobi? —dijo el doctor mientras avanzaba por las vacías calles de la colonia del Valle.

Tobías recordó en silencio algunas conversaciones sostenidas con su padre. Las cosas que le había contado de su infancia, como aquella vez que vio a Pancho Villa llegar a la ciudad. O cómo, cuando el famoso Centauro del norte le cambió el nombre a la calle de

San Francisco para ponerle Francisco I. Madero y él estaba ahí de la mano de su hermana contemplándolo todo. En esa misma calle, tan cerquita de donde ahora tenía el doctor su consultorio, habían vivido él y todos sus hermanos grandes, en una casa enorme y fría que fue demolida varios años atrás para poner, en su lugar, un edificio lleno de tiendas y oficinas.

Pensaba Tobías en esas conversaciones con su papá en las que lo invadían los recuerdos y su voz se colmaba de melancolía para infundirse valor y hablar con él sinceramente.

—¿Tú, te peleaste alguna vez de chico, papá?

—Pues... sí, un par de veces.

—¿Y ganaste?

—Apenas me acuerdo. No sé. Creo que en una sí y en la otra no. ¿Por qué? ¿Te peleaste con alguien?

El auto avanzaba por la avenida Chapultepec, de forma paralela al seco, ruinoso y ahora inservible acueducto. El doctor había virado la ruta natural hacia el colegio, en la colonia Roma, para hacer tiempo y escuchar el relato de su hijo, quien le habló de romanos y cartagineses y la necesidad de formar parte y dejar de patear piedritas en el recreo, aunque fuera a través de la violencia.

—¿Nunca te peleaste con nadie en el internado, allá en San Luis? —preguntó el doctor con genuino interés.

—No.

—¿De veras?

—Me molestaban todos los días pero nunca me peleé.

El doctor Alfonso Urtizón miró a su hijo en el re-

trovisor con un gran simpatía metida en el alma. Comprendió que el muchacho sabía que esta vez no podría evadir la pelea. Y tenía miedo. Por supuesto, él podría hablar con los profesores y reclamar en la escuela, pedir que pusieran más atención, que era inconcebible que se pactara una batalla campal frente a las narices de los hermanos... sí, podría hacerlo. Pero también sabía que hay veces que los adultos, por más que quieran, no pueden intervenir en el mundo de los chicos.

—Por supuesto sabes cuál es la ventaja de tener un padre médico. ¿O no?

—Cuál.

—Vamos. Eres un chico listo.

Algo parecido a una sonrisa se dibujó en la cara del muchacho. El doctor sabía que Tobías no era tan bueno para la escuela como sus hermanos, que siempre parecía ir a la zaga en todo, en calificaciones, en altura, en peso... pero que en sensibilidad destacaba. Y esa cualidad, aunque valiosa, no parecía poder medirse de ninguna manera. “Qué cosas”, pensó. Apenas el día anterior había recibido una llamada de un colega de la universidad donde le notificaba de los avances en la producción del activo de la penicilina que estaban teniendo en Estados Unidos y Europa. Una gran noticia. Con antibióticos en el mercado, la medicina podría dar mejor batalla a las enfermedades. Recordó que era uno de los sueños de aquel viejo profesor que le daba clases en la Antonio Alzate, ¿cómo se apellidaba? ¿Solís? ¿Sorrento? ¿Saldívar?

Una gran noticia, pero todo se desdibujó cuando vio a su hijo a los ojos en el espejo retrovisor.

—¿A qué horas está pactada la pelea?

—A las seis en el parque de Orizaba, el de la fuente.

—Le voy a avisar a Mariano que yo paso por ti.

—Gracias, papá.

—Pero me voy a estacionar lejos, para que nadie me vea.

—Gracias, papá.

Eran las seis y cuarto cuando todo terminó en el adoquinado suelo del parque. Ni doce minutos duró la campal. Millán fue el primero en terminar llorando en el piso. Pero no fue Robledo el que lo puso en su lugar sino otro cartaginés gordito que resultó estar tomando clases de box con un tío suyo en Tepito.

Cuando Tobías caminó hacia la calle de Durango y al fin se subió al auto en donde lo esperaba un hombre con la vista fija en el periódico vespertino, el cuarenta y ocho llevaba un ojo morado, un diente flojo y una incipiente sonrisa.

—¿Necesitas hospitalización, Tobías? —preguntó el doctor.

—No, papá.

—¿Quién ganó?

—Ellos.

—¿Y estás triste?

—No.

—¿Por qué?

—No sé —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Nos vamos?

—Bueno.

El doctor arrancó el coche. Encendió las luces. Avanzó por Durango.

—Oye, papá, ¿en las escuelas laicas y socialistas habrá peleas también?

—Y en las japonesas y en las brasileñas y en las italianas —respondió, seguramente pensando en la nota que acababa de leer, donde se decía que la guerra se recrudecía en el mundo y Estados Unidos no tardaría en intervenir—. Y si hay escuelas en Marte, seguro que también allá debe haber peleas. Lo cual no significa que esté bien, pero qué le vamos a hacer.

—Qué le vamos a hacer.

Varios compañeros le habían palmeado la espalda al retirarse, porque en la trifulca levantó los puños a pesar de que no pudo responder un solo golpe.

—¿Quieres que pasemos a comprar churros, Tobías?

—Sí, por favor.

—Bueno. Pero ve pensando qué le vas a decir a tu mamá, porque ese ojo no lo escondes ni poniéndote antifaz.

—Sí, papá.



**1973**

—¿Y bien, muchachos?, ¿qué quieren hacer?

Martina y Raúl miraban la televisión blanco y negro que su padre tenía en la recámara cuando éste apareció en el dintel de la puerta. Era una habitación desordenada, llena de libros, partituras musicales, discos de vinilo y acetato, una pequeña tornamesa, ropa y más ropa regada o malamente doblada. Los muchachos es-



taban sentados en la desvencijada cama de su padre. Y aguardaban a que dejara de tocar —una y otra vez— la misma pieza melancólica en el órgano Hammond que tenía en la estancia, donde apenas había una sala de cojines rotos y paredes con el tapiz desgajado.

—¿Vamos al Tomboy? —insistió el padre, buscando la mirada de ambos chicos.

—Bueno —dijo Martina con una sonrisa. En la televisión pasaban una película de Joselito, un chico español que cantaba. Pero no era mucho del interés de ambos niños y de todos modos la recepción era bastante mala, todas las imágenes parecían pasar por una tormenta de nieve.

—¿Te parece bien, Raúl?

Raúl se encogió de hombros. Tenía en las manos un muñeco de acción, un Madelman vestido de soldado. Le doblaba los brazos y las piernas sin hacer mucho caso, ni a la tele ni a la petición de su padre. En realidad le molestaba estar ahí. Cierto que era el segundo fin de semana del mes y les tocaba visitar a su papá, pero justo ese sábado su mamá y Alberto habían decidido ir a Cuernavaca y él hubiera preferido mil veces ir allá que estar en ese cuarto que olía a encerrado, escuchando música rara interpretada en el órgano o viendo películas viejas en la tele.

—Bueno. Vamos —concluyó el padre.

Ambos muchachos se pusieron de pie. Martina giró la perilla del volumen de la tele para apagarla. Volvió a sonreír. Ella tenía trece y comprendía un poco mejor. Raúl, en cambio, apenas había cumplido diez. Y ni si-

quiera una hamburguesa en el Tomboy le haría olvidar que se había perdido un fin de semana de fábula en un balneario.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Martina a su papá mientras se ponía el suéter.

—Terminando una canción —respondió él mientras encendía un cigarro.

—¿Para la obra de teatro que estás poniendo en la escuela?

—Sí.

Martina acarició el instrumento y siguió sonriendo. Sabía que su padre era mucho más feliz así, aunque ya no viviera con ellos y estuviera casi todo el tiempo solo, excepto cuando iba a dar clases a la secundaria. Y en gran medida Martina lo prefería, pues cuando hablaba con él por teléfono, lo oía más tranquilo, menos parco. Más él.

Salieron del departamento y bajaron los cinco pisos hacia la calle de Vértiz, en la colonia Narvarte. Ahí, el señor Urtizón detuvo un taxi de los llamados Cocodrilos, pues eran verdes con grecas blancas pintadas en los costados que semejabán dientes. Mientras transitaban en el taxi hacia el Tomboy de Insurgentes, Martina no dejaba de ver a su padre, su mirada taciturna, sus canas prematuras. Ya iban a ser dos años del divorcio y aunque ninguno de los cuatro lo lamentó más que ella, ahora le parecía que era lo mejor que les había podido pasar en la vida. Alberto era un buen tipo, después de todo. Y su padre no tenía ya que estar peleando todo el tiempo con su madre por tonterías que no

eran tonterías: el monto de su sueldo, la necesidad de comprar libros raros y música rara, sus esporádicas depresiones.

En el Tomboy las cosas no mejoraron en cuanto a la mala disposición de Raúl.

—¿Quiéren ir al tobogán de Mundo Feliz? —dijo el padre, tratando de arreglar el sábado, que prometía lluvia. Y Mundo Feliz estaba techado. La mesa que ocupaban tenía vista a la avenida de los Insurgentes. Y Raúl, cuando no estaba jugando con su muñeco, fingía que le interesaba más el tránsito en la calle que lo que ocurría ahí mismo.

—Si quieres —dijo Martina.

—¿Y tú, Raúl?

Martina le arrojó a su hermano una servilleta hecha bola.

—Contesta, sordo.

—Como sea.

—¿O prefieren ir a casa de sus abuelitos a jugar con la mesa de billar? —preguntó el padre.

—Sí, mejor —dijo Martina. Le preocupaba que su padre se esmerara tanto en gastar lo que no tenía sólo por entretenerlos. Su trabajo de maestro de música apenas le daba para lo más básico, ni siquiera podía apoyar mucho con la manutención de sus hijos. Pero Alberto era un buen tipo, después de todo. Y ya tenía dinero aún antes de casarse con su madre.

—En el cine Manacar están pasando una película de dibujos animados que se llama La telaraña de Charlotte, es sobre...

—Okey, vamos con mis abuelitos —interrumpió Raúl a su padre. No levantó la vista de la mesa. Sólo jugaba con su muñeco.

Tobías Urtizón encendió un nuevo cigarro. La mesa tenía un cenicero de metal empotrado y ahí dejó descansar el cigarro. Miró a su hijo con melancolía. Tomó una servilleta y se puso a hacer trazos que terminaron en un tiovivo. Un barco. Nubes. La república mexicana. Martina lo observaba con una mezcla de cariño y admiración.

—¿Cómo se llama la canción que estabas terminando de componer?

Tobías sonrió. Tantos años de estudio en la Facultad de Contaduría y Administración para terminar haciendo cancioncitas de obras de teatro montadas por chamacos. Pero era mejor que vender seguros, aunque ganara menos de la mitad.

—¿Por qué quieres saber, Martina?

—No sé. Me gustó.

Una nueva fumada. No sabía cómo decirles a sus hijos de cierto cambio que operaría en su vida. Y Raúl no se lo estaba poniendo nada fácil.

—“La razón de cada segundo”.

—¿Cómo?

—“La razón de cada segundo” —repitió Tobías con cierto embarazo.

—Qué chistoso nombre.

—Está un viejo en escena, recordando su vida. La canción habla de... —volvió escupir el humo. Le hubiera gustado que el sábado fuera más festivo. Pero

amenazaba lluvia y Raúl no dejaba pasar oportunidad para hacerle ver que hubiera preferido mil veces irse a Cuernavaca que verlo.

—¿De qué habla, papá? —insistió Martina, aunque su padre parecía más interesado en lo que pasaba al interior de su cabeza que lo que ocurría ahí mismo.

—La música es bonita —dijo ella.

—Es triste —dijo Raúl.

—A veces lo triste es bonito —replicó ella.

—Habla de lo que se transforma y lo que permanece. Habla de lo que, al paso del tiempo, es esencial porque... —Tobías miraba a Raúl. Se dio fuerzas. Respiró con fuerza—. La letra la compuso un amigo mío que se llama Marcelo. Por cierto que...

—Vámonos, ¿no? —exclamó Raúl torciendo la boca, moviendo los brazos de su muñeco, jugando sin jugar.

El padre asintió. Apagó el cigarro. Se puso de pie. Todavía sugirió ir a dar una vuelta al Parque Hundido, pero ninguno de los chicos quiso ir y él también prefirió no arriesgarse a que la tormenta los sorprendiera y tener que entregarle a Paula dos niños enfermos. Tomaron un nuevo taxi y fueron a la casa en la calle de Patricio Sanz donde creció. Recordó cuando la calle se llamaba Avenida de la Condesa y todo eso aún estaba un poco despoblado. Recordó cuando la vida parecía más simple, aunque no lo fuera.

Al llegar, encontraron al viejo doctor durmiendo la siesta en la sala. A la abuela horneando. A dos de los cinco gatos correteando por la estancia principal.

El abuelo se despabiló y les obsequió dulces de una vitrolera. Encendió la televisión porque nunca se perdía el box, aunque aún faltaban más de dos horas. Tomó la mano de Raúl y se dejó conducir al cuarto de la mesa de billar. Tobías salió al porche a fumar y a contemplar la lluvia. Una vez que Martina terminó de ayudar a la abuela, se fue a sentar a la butaca al lado de su padre. Llevaba consigo el recipiente del betún y dos cucharas.

—¿Quieres, papá?

—Bueno.

Un rayo. Un trueno. La luz parpadeando.

—Papá. ¿Te acuerdas de la calculadora que me regalaste? Ya no prende.

—Mmmh, qué mal. Habrá que buscar quién la arregle.

De los tiempos en que vendía seguros en la Torre Latinoamericana, el edificio más alto de todo el país, ubicado en la esquina de Madero y San Juan de Letrán, conservó una calculadora Texas Instruments digital, con pantalla luminiscente roja, lo último en tecnología. Recordó que él mismo le había enseñado a Martina ese juego de multiplicar 1919365 por 2 y dividirlo entre 10 para obtener 383873 con un cuento que la entretenía bastante. Un muchacho de 19 años y una muchacha de 19 años se hacen novios por un año y los 2, a los 10 meses, obtienen... Giraba la pantalla y, de cabeza, la cifra 383873 podía leerse también como EL BEBÉ. La vida, entonces, también parecía más sencilla. Más falsa, sí, pero más sencilla.

—¿Cuando tú eras niño no había calculadoras, verdad, papá?

Martina volvió a cubrir ambas cucharas de chocolate. Le entregó a su padre la suya. Tobías pensaba que, en realidad, el tiempo no tiene razones propias, sólo actúa. Del mismo modo que lo hace el relámpago, un temblor de tierra o una avalancha, sólo actúa. A veces sacude, a veces atropella, a veces pasa sin que nadie lo advierta; es inapelable, mecánico y contumaz. Pero haga lo que haga, siempre ha estado bien, siempre lo estará.

Apagó el cigarro con el pie. Siguió comiendo betún.

—Martina, tengo algo que decirte.

—Dime, papá.

—Este amigo mío... Marcelo. Se va a ir a vivir conmigo y...

Martina lo miró con la lluvia como música de fondo. Ella también podía recordar. Cuando su papá se ponía traje y corbata todos los días. Cuando tenía el cabello completamente oscuro. Cuando estudiaba música en el cuarto de la azotea y leía poemas a escondidas. Se acurrucó en su hombro.

—Qué bueno, papá. Así ya no estarás tan solo. Qué bueno.

Y la lluvia, pensó Tobías con el corazón repentinamente aliviado, siempre es la misma. Esta y la de mi infancia y la de todos los tiempos, siempre la misma.



**1994**

Miraba Fernando con aburrimiento a la estatua ecuestre de Carlos IV, en la calle de Tacuba. Escuchaba a su tía decir que antes, hacía mucho tiempo, había estado emplazada en el Paseo de Bucareli. Que había una plaza de toros por esos rumbos. Que el escultor de El caballito, como llamaban de cariño a la estatua, fue un señor llamado Manuel Tolsá. Que por los rumbos de



Bucareli también había otro caballito, pero más moderno y más grande. Que...

A Fer no le encantaba quedarse con sus primos en fin de semana porque siempre había paseos de ese tipo, turísticos y culturales. Y él era más de quedarse en casa, jugar videojuegos, ver tele por cable o sentarse en la computadora. Pero en esta ocasión no tenía mucha alternativa, pues su papá estaba de viaje y su mamá enferma en casa y sin ganas de nada. De hecho, la señora ni siquiera le preguntó su opinión cuando le pidió a su cuñada que le hiciera el enorme favor de llevarse al niño durante el fin de semana; a Fer sólo le avisó que iría con sus primos de Satélite, de sábado a domingo, que se portara bien, que se llevara unas películas si quería.

Y Fer obedeció sin repelar sólo porque sabía que, en cuanto volviera a su casa, podría jugar con el paquete que había llegado por correo la mañana del sábado. La ilusión lo tenía bastante ensimismado.

Después del paseo por Tacuba, la tía Martina sugirió subir al mirador de la Torre Latinoamericana, desde donde les contó que el Zócalo a principios de siglo tenía arbolitos, que la catedral se estaba hundiendo, que el famoso calendario azteca estuvo arrumbado contra las paredes de la catedral a finales del siglo diecinueve, que...

Que la historia era importante. La suya, chavos, la mía, la del país.

Fer sólo pensaba en llegar a su casa, abrir el paquete y ponerse a hacer conexiones.

Comieron en un Burger Boy, donde el tío Rubén la-

mentó en voz alta que se estuvieran extinguiendo ya por culpa de los MacDonaldis, recién llegados al país. A los primos de Fer todo les daba lo mismo, de todos modos estaban más chicos que él y se entretenían con cualquier cosa. Él, en cambio, ya estaba por salir de la primaria, escuchaba Heavy Metal y era aficionado a la literatura de terror, es decir, no era un chico fácil. No obstante, cuando había que portarse bien...

—¿Te aburres, Fer?

—No, tía, para nada.

Por la tarde, churros con chocolate en El Moro, sobre el Eje central. La tía Martina no dejó de hacer el comentario de que alguna vez esa calle se llamara San Juan de Letrán y también Niño Perdido. Y que alguna vez corrieron tranvías por ahí.

Con eso dieron por terminado el paseo por el centro, donde a Fer le parecía que todo olía a viejo y a olvido.

Cuando su tía lo llevó a su casa, en la colonia Nápoles, ya se había ocultado el sol. El muchacho subió con ella por el elevador hacia el amplio departamento con vista al World Trade Center en el que vivía con sus papás. Martina preguntó a su cuñada cómo seguía, le preparó un té, le deseó pronta recuperación y, después de una media hora, se despidió. Fer no se enteró de nada de eso pues, desde que traspasó la puerta, fue a su cuarto, abrió su paquete y se olvidó por completo de lo que acontecía en el mundo.

Un reluciente módem con velocidad de 2400 baudios para conectarse a un servicio de comunicación remota a través de la computadora. Lo mejor de lo mejor.

Conectó su línea telefónica al aparato antes de encenderlo. Luego, llevó el cable del aparato a su computadora, al puerto serie. Encendió su nuevecita Acer 286, en la que no tardó en cargar el Windows 3.11 y siguió las instrucciones para realizar el marcado hacia el Board Bulletin Service, o BBS, en donde podría pasar horas y horas charlando con gente afín del mismo modo que hacía su primo Federico, el que iba en la universidad. Los focos rojos del módem empezaron a parpadear al momento en que un crujido salía por las bocinas del aparato. Dirigió la mirada hacia su colección de videocassettes VHS, justo a la película *Juegos de guerra*, una de sus favoritas, donde su héroe, un adolescente llamado David, se conectaba por módem a una computadora militar de Estados Unidos.

De pronto en su pantalla apareció un menú que le hizo maravillarse por completo. Leyó: A-Correo Electrónico; B-Bajar/Subir Programas; C-Mesas Redon...

La conexión se cayó. Su mamá había descolgado la bocina del teléfono en su cuarto para hablar con su esposo en Miami. Luego, sin enterarse de la pequeña catástrofe producida, llamó a Fer a merendar. Se había puesto de pie para prepararle un sándwich y servirle leche. Conversaron por un rato hasta que ella le pidió que no se desvelara mucho y volvió a la cama. Fer, en cambio, fue directamente a su computadora.

Le costaba trabajo creer que estaba teniendo comunicación con gente en otros puntos de la ciudad y leer sus mensajes al momento. Había entrado a una parte del menú que se llamaba “Simulador de CB” en donde

se podía conversar con gente como hacían las personas en los primeros años de la radio de banda civil, donde gracias a la onda corta podías hablar con gente en sitios muy lejanos utilizando tu propia radio con transmisor y receptor, con la diferencia de que aquí era a través de mensajes escritos en modo texto. El mouse que tan orgulloso utilizaba Fer en su ambiente Windows no servía para nada ahí dentro, lo cual era un poco decepcionante. Pero todo lo demás le parecía genial; en especial un hilo de conversación que había encontrado dentro del área de música que se denominaba: “King & Maiden” que parecía hecho a su medida. Su escritor favorito y su grupo de heavy metal favorito.

Le dieron las cuatro de la mañana charlando con una chava que se autonabraba Vampirella y, temiendo que tal vez no podría levantarse a tiempo para ir a la escuela, apagó el módem presionando el botón de encendido, luego la computadora y se durmió con todo y ropa sobre las cobijas.

El lunes, no obstante, no sólo no estaba adormilado en clases sino que la excitación lo mantuvo bastante alerta. Pasó toda la mañana buscando un alias que valiera la pena para dejar de ser Furtizon —que le asignó por default el programa— y terminó por escoger Dark Phantom.

Ese mismo día se conectó a la red en cuanto terminó de comer, listo para seguir sacándole provecho al BBS. Advirtió una opción que se llamaba Nodo Internet pero no perdió mucho tiempo ahí porque no entendió bien para qué servía. Después su primo Federico le explicó que era para hacer conexión con otras personas

aún más lejos, en el mundo entero, pero no le encontró mucho el gusto porque, para entonces, ya estaba enganchado platicando con Vampirella de música, películas y libros de miedo.

El verdadero problema fue cuando ella le preguntó su edad. Se tardó mucho para poner:

>> 25.

>> Ah, qué bien, porque yo tengo 24.

Fer se deprimió al instante. Y hasta el domingo, que se juntó toda la familia en casa de sus abuelos Tobías y Marcelo, con motivo del día del padre, pudo hablar de ello con su primo Federico.

Los dos viejos habían hecho una carne asada en su jardín y toda la familia estaba ahí. Sus tíos, sus primos e incluso algunos amigos. Fer aprovechó para sentarse al lado de Federico, quien miraba un mensaje de texto que le había llegado a su pager, pues trabajaba para la redacción de un periódico y a veces lo contactaban por ese aparato para notificarle alguna noticia. No todo el mundo podía tener un teléfono celular, como su papá, que trabajaba para un banco y tenía el último y más grande Nokia del mercado.

—Hola, Dark Phantom —dijo Federico.

Fer sonrió. Le dio gusto que su primo ya lo hubiera identificado en el BBS.

—Quería platicar algo contigo, Fede.

—A ver.

Fer comía de un taco de bistec y pensó bien sus palabras.

—¿Tú conoces a Vampirella?

—¿Que si la conozco?

—O sea, en la vida real.

—No. Del BBS no conozco más que a tres. ¿Por qué?

—Porque me cae muy bien.

—¿Te gusta?

—¡Nooooooo! —objetó y lo golpeó amistosamente.

Pero luego no supo qué más decir. A lo mejor sí le gustaba. Aunque, ¿cómo podía decir eso? Nunca había visto una foto de ella. Además, él tenía doce años, no veinticinco como había afirmado.

—La verdad, sí vi el *thread* de la plática que sostuvieron en el foro de música —dijo Fede después de dar una mordida a una cebollita—. Se ve que les laten las mismas cosas, ¿no?

—Sí —admitió Fer.

—Pero... —se anticipó Fede, dándole pauta a que siguiera sincerándose con él.

—Pero es que ella tiene veinticuatro —dijo Fer sin poder impedir un tono de decepción.

Federico sonrió. Miró hacia el frente, hacia la escena que ambos contemplaban en el jardín de la casa en Buenavista, el humo saliendo del asador, Marcelo echándole aire al carbón, su tío Raúl riendo de algún chiste con su padre, su propia madre sirviendo refrescos a la amiga pintora de los abuelos, Philip, el viejo sabueso, dormitando en el pasto, sus primos que no eran sus primos, los hijos de Martina, corriendo tras una pelota.

—¿Y eso qué tiene? —se animó a decir—. Eso no significa que no puedan ser amigos si les gustan las mismas cosas, Fer.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Los tiempos cambian. La gente cambia. Nada más mira a nuestra familia. Nos decimos primos sin serlo porque yo soy sobrino de Marcelo, que es pareja de tu abuelo Tobi. Y así ha sido desde que éramos más chicos. ¿Y tiene algo de malo? No. Tu mamá y mi mamá se han llevado bien desde siempre. Y mi mamá es menor que ella por diez años. Y así.

—Y así —repitió Fer, como apuntalando la idea.

—Yo digo que pueden platicar tú y Vampirella de lo que se les antoje y la edad es lo de menos. O si lo hacen por foro o por simulador de CB o por teléfono o por telégrafo o con señales de humo, lo que importa es la gente, no lo que está en medio.

Fer asintió y experimentó un poco de alivio. De cualquier modo, le parecía que lo mejor de estar en una comunidad cibernética era el poder tener contacto con personas de gustos afines que no necesariamente vivieran al lado de tu casa. Le parecía que ese era el verdadero milagro y valía la pena explotarlo.

Pero, para su mala o buena suerte, ningún usuario del BBS parecía más empático con él que Vampirella.

>>Está bien padre el archivo BMP que me mandaste de Eddy, Phantom, gracias. Yo casi no tengo nada en mi computadora de Iron Maiden.

>>De nada Vampirella.

Y de pronto era como un oasis, un refugio, un remanso de los días difíciles en la escuela o en la clase de karate o en el mundo en general.

>>¿Supiste de ese método nuevo de compresión de datos que anunciaron en Byte?

>>No.

>>Son archivos que ocupan como un 10% de un archivo wav. Puedes tener más de cien rolas en un solo CD.

>>No es cierto.

>>Te lo juro que sí. Dicen que a lo mejor para el año que entra ya lo sacan.

Porque dar con alguien así en su misma ciudad era un milagro. Uno de a de veras. Bien habría podido dar con Vampirella usando el nodo internet del BBS. O aventurándose en las nuevas tecnologías de las que ya le hablaba su primo Fede. El Explorer. El Netscape. Una cosa que se llamaba Yahoo.

>>¿Te suena el nombre de Malena, Phantom?

>>No, Vampirella. ¿Por qué?

>>Porque ayer jugué a la ouija y contacté un fantasma. Una niña que se presentó con el nombre de Malena y que murió de tuberculosis hace muchos años. Y mencionó tu nombre.

>>Mientes.

>>Te lo juro. Te dejó un mensaje.

>>Mentirosa.

>>Aquí está el mensaje: “Tienen que verse. Tú y él, Vampirella”.

>>Mientes. Mientes. Mientes.

>>Tú y yo en un café. Platicando lo mismo pero en un café. Y te enseñé mi boleto del concierto de Maiden al que no me crees que fui.



>>Mientes.

>>¿Cuándo nos vemos?

Y si hubiera usado el internet a lo mejor Vampirella habría vivido en Monterrey o en Nebraska o en Sydney... pero no, vivía en la Ciudad de México, su ciudad. Y de pronto le parecía a Fer que eso era un milagro que había que usarse, celebrarse, aprovecharse. A pesar de los años. A pesar del tiempo y de todo.

Se esperó a que su papá volviera a estar de viaje para hablar con su mamá. Ella estaba viendo las noticias en la tele, acababan de ser las elecciones presidenciales en el país. Y algo había en los ojos de ella que parecían revelar esperanza. Aún no se sabía quién había ganado.

—Mamá.

—Dime, Fer.

—¿Me harías un favor enorme, enorme, enorme?

Ella separó la vista de la televisión. En ese momento corría un reportaje que hablaba de las elecciones en la historia del país, Porfirio Díaz, Álvaro Obregón, Lázaro Cárdenas, José López Portillo, los rostros de los presidentes como en una empolvada galería de museo.

—Si es porque quieres una nueva compu, acuérdate que tu papá te dijo...

—No, es otra cosa.

—A ver, qué cosa.

Fue un viernes. A las cuatro de la tarde. En el Sanborns de los Azulejos, entre las calles de Madero y 5 de Mayo. En aquel paseo por el centro, la tía Martina se había encargado de que Fer supiera que la casa exis-

tía desde el siglo XVI y había pertenecido a los condes del Valle de Orizaba y que por eso la calle alledaña se llamaba Callejón de la Condesa y que ya tenía ese nombre desde aquellos años en que...

Como fuera.

Fer pensaba en todo eso para no pensar en otras cosas más inquietantes cuando atravesaban él y su madre las puertas de cristal esmerilado del establecimiento.

—¿Estás nervioso? —dijo ella.

—Un poco.

Le revolvió el cabello. Estaba, en cierto modo, orgullosa de él porque quería conocer a su mejor amiga. En persona. ¿Quién podía culparlo? Pero no deseaba presentarse a la cita solo, quería que lo acompañara un adulto y así ella, Vampirella —que en realidad se llamaba Laura Soto y que seguramente tendría un trabajo bien remunerado y hasta una carrera terminada y que tal vez viviera muy lejos del centro— se enfadaría un poco menos por haber sido engañada.

Dijo que llevaría una camiseta de Iron Maiden. Para ser reconocida.

Dijo Fer que llevaría un volumen de *Eso*, la novela más gorda que había leído de Stephen King. Para ser reconocido.

Cuando ingresaron al restaurante él y su mamá, reconoció a Vampirella en seguida. No era exactamente como se la había imaginado, pero no importaba.

Caminaron hacia ella y fue la madre de Fer quien tuvo que hablar, porque él se sentía sumamente apenado.

—¿Laura Soto?

La mujer rubia de anteojos y sonrisa luminosa que portaba una playera de Iron Maiden se puso de pie al instante. Extendió la mano. Miró a Fer.

—¿Fernando Urtizón?

Fer asintió. Ella explotó en una carcajada. La mamá de Fer no supo cómo reaccionar. Tal vez se estaba burlando de su hijo, de la situación entera. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —se atrevió a preguntar, un poco enfadada. No quería que Fer saliera lastimado.

—Síentense, por favor —dijo ella entrelazando las manos. Miró al muchacho por encima de la mesa.

En verdad tenía una sonrisa bonita, luminosa. Pero no era como Fer se la había imaginado.

—Esto es increíble. Y maravilloso —dijo por fin—. Se supone que Fernando Urtizón tiene veinticinco años. ¿O no?

Fer se ocultó un poco detrás de su propio fleco.

—¿O no? —insistió ella—. Por eso estoy aquí.

—Pues sí —dijo la mamá de Fer. Él seguía sin poder articular sonido—. Pero si me permite explicar...

La mujer rubia interrumpió con un ademán.

—No hay nada que explicar. Es increíble. Y maravilloso —se empujó los lentes, volvió a sonreír—. Laura Soto sólo quería conocerlo. Aunque fuera de vista. Lamentaba mucho que Fernando tuviera veinticinco. Pero ni modo. Palabras de ella misma, ¿eh? “Ni modo”. Y por eso me pidió a mí, que soy su tía, que viniera fingiendo que era ella. Vampirella.

—¿Fingir? —dijo al fin Fernando.

—Sí.

Dirigió entonces ella sus ojos a otra mesa a poca distancia. En ésta, una chica, encendida en múltiples rubores, miraba hacia donde estaban ellos. Se había vestido como si le gustara la música de Los Beatles.

Pero era justo como Fer se la había imaginado. Aunque con doce años menos.

Podría decirse que el asunto entero era, en efecto, increíble.

Y maravilloso.

## 2015

Laurita Urtizón hurgaba entre las cajas que tenían en el cuarto de la azotea.

Su madre la había mandado por unos adornos navideños, pero decidió demorarse un poco más.

Se sentó en un viejo baúl y sacó su celular del bolsillo para asomarse al chat que sostenía en ese momento con Santiago en el WhatsApp.

No había novedad.

Torció un poco la boca.

Se puso de pie. Buscó con la mirada la caja de esferas y luces sin éxito. Removió un poco los trebejos. En una caja se encontró con una foto color sepia desde la cual lo miraba una familia completa. Ahí mismo dio con una muñeca de trapo con cabellos anaranjados y vestidito azul a la que faltaba un ojo y un changuito de alambre con piel de conejo que tocaba el tambor. Una radio vieja. Unas partituras con una canción escrita a mano. Un módem inservible. Pero nada de los adornos.

Volvió a sentarse en el baúl.

Recordó aquella fiesta en la que ella y Santiago, su compañero de la escuela, jugaron Wii y se pusieron a apostar para hacerlo más interesante.

Ella apostó una tarjeta de iTunes que tenía nuevecita. Él, en cambio...

—¿Un peso? ¿Tan poquito?

—No. No un peso. Un beso —rectificó Santiago.

Luego, a la mera hora, él se arrepintió. Le dio pena. Se hicieron amigos en Face y todo, pero lo mejor era platicar por el Whats.

“Mándame 1 foto tuya”, había sido la petición de Santi por la mañana. Primer día de las vacaciones de diciembre.

“Agarra cualquiera del feis”, replicó ella.

“No. quiero 1 que tú m kieras dar”

Ella se tomó una mientras subía al cuartito. Muy sonriente. Alguna vez Santi le había dicho que tenía los ojos más hermosos del mundo; aunque claro, esto se lo dijo con una clave que inventaron y a través de un inbox de Twitter. A Laurita le pareció, en esa foto, que tal vez Santiago tuviera razón.

Le había dado “Enviar” a la foto desde que se la tomara en las escaleras. Pero aún no había novedad.

Suspiró. Volvió a buscar con la mirada las esferas, las luces, la escarcha.

Jugó un poco con el changuito de alambre, luego volvió a mirar su celular.

Dos palomitas confirmaban que el mensaje había sido entregado.

Dos palomitas azules confirmaban que el mensaje había sido leído.

Echó a correr fuera del cuartito de la azotea, jubilosa, sonriente, olvidando por completo el encargo de su mamá.



En *Retratos de una ciudad* rindo un pequeño homenaje a esta ciudad que tanto me fascina y tanto quiero. A través de los ojos de varios niños, todos ellos ligados por el paso del tiempo, he querido mostrar que lo esencial siempre permanece, y que todos somos, en los aspectos más humanos, idénticos en la infancia. Se me ha ocurrido que la ciudad de México es así de fascinante y maravillosa gracias a aquellos que la vivimos, sufrimos y gozamos; chicos o grandes; de hoy o de hace más de cien años.

**Antonio Malpica**

